FUNDAMENTO DE UNA ACCIÓN EDITORIAL

por

ALBERTO VIAL ARMSTRONG

Docente universitario,
Hermano de José Vial
Armstrong y fundador
del colegio San Francisco

EDITORA 5079

No antes de esta fecha, es decir, no antes de haber cumplido un tiempo suficiente como Presidente de la Empresa Editora Nacional, podía entregar al juicio de las autoridades o del público en su caso una proyección editorial o una significación meditada de nuestro rol institucional.

Mi doble calidad de hombre de armas y de letras, unido al tiempo indispensable que ha debido transcurrir entre septiembre de 1973 y mayo pasado, han dado origen a este trabajo, que con admirable serenidad ha preparado por mi encargo el señor Alberto Vial Armstrong.

Tras cada juicio y aseveración hay de por medio su indiscutible versatilidad y preparación humanista y docente, pero no menos un bagaje de datos, hechos y perspectivas recogidas del año y medio inicial, donde tercian el juicio y la labor de mucha gente que nos ha acompañado en esta misión editorial.

Sirva, entonces, como recapitulación de lo obrado y como fundamento de esa acción que a nuestro juicio debe perfeccionar en todo tiempo el Estado.

Diego Barros Ortiz

Cumplido poco más de un año desde la creación de la "Editora Nacional Gabriela Mistral", el Presidente del Consejo Directivo, don Diego Barros Ortiz, nos encomendó la preparación de un documento que, junto con recoger la experiencia ganada en este periodo, formulara una proposición respecto a lo que debía ser la acción editorial.

De acuerdo con esta petición, el documento no debía limitarse a exponer principios y propósitos formales, sino que debía plantear la perspectiva concreta desde la cual cobran su sentido y límites las políticas que se proponen y los fines que se pretenden alcanzar.

No se trata pues ni de una especulación destinada a fabricar resultados en un sentido predeterminado, ni de un juego de análisis intelectuales tendientes a justificar la existencia de una editorial del Estado. El trabajo pedido exige, expresamente, someter a revisión también el fundamento de la existencia de una tal editorial, la validez y actualidad de los supuestos que han llevado a sostenerla y la realidad de los fines que se propone.

Una aclaración es necesario hacer para la adecuada lectura de este libro: Puesto que en él se pone en tela de juicio la existencia misma de la Editorial, una de

las mayores dificultades que se han debido encarar al redactarlo ha sido la de situar con propiedad el terreno en que la discusión debía llevarse a cabo. La existencia o no existencia, en este momento, de una editorial del Estado no es algo que admita resolverse por un mero cálculo de conveniencias de corto alcance, como tampoco es cosa de principios y criterios predeterminados de tipo doctrinario o ideológico. La discusión nos pone delante de una realidad que, por ser más profunda que tales criterios, es más viva y fecunda que ellos. Desconocerla por atender principios formales nos pone en el riesgo de fundar toda nuestra acción en una hueca retórica de sagacidades menores, ajena al flujo esencial y vigente de la vida.

Para traer las cosas a su terreno adecuado, hemos debido tocar materias que, a primera vista, pueden parecer alejadas del tema central. Sin embargo, ellas son esenciales, y por lo que conocemos no han sido planteadas jamás en una discusión relativa a políticas editoriales nacionales.

En efecto, en estas discusiones el problema fundamental de la industria editorial chilena ha sido presentado como un problema económico: Los mercados nacionales son restringidos, la producción es cara y de no darse ciertas condiciones de protección o fomento, resulta prácticamente imposible que la actividad editorial cumpla

con la tarea primordial que le corresponde. Esta tarea tiene que ver con la difusión de conocimientos y valores de la cultura, con la necesarioa manifestación de nuestros propios valores nacionales y con las imprescindibles funciones de recreación y entretenimiento.

En el fondo, la actividad editorial se sostiene siempre que editar resulte un negocio, por lo menos, mínimamente lucrativo.

Las ediciones más lucrativas no son habitualmente aquellas que mejor contribuyen a la tarea que supone deben cumplir. Por ello se hace necesario solicitar, de las autoridades, medidas y políticas que mejoren las bases generales del comercio editor, a fin de permitir ampliar el espectro de ediciones lucrativas y con ello cubrir las áreas de mayor interés nacional.

Como esto significa darle un tratamiento preferencial a un negocio, a la larga a costa de otros, y como no existe un mecanismo eficaz que garantice el efecto que interesa lograr, tales medidas y políticas no se adoptan y la discusión respecto a la actividad editorial nacional se apaga en un callejón sin salida.

En este escrito pretendemos mostrar que tales planteamientos no tocan el fondo real del asunto.

Para ello es necesario poner de manifiesto la viva realidad en la que cobra su sentido la actividad editorial.

En los países en que la existencia misma de un modo de vida depende de su capacidad de creación científica y artística, y depende de las concepciones fundamentales que le dan sentido, la actividad editorial es mucho más que un puro comercio. En ella se juega algo decisivo para la propia vida ciudadana.

Por esto es importante analizar la naturaleza de la actividad editorial allí donde ella nació como necesidad efectiva, pues de ese modo es posible mostrar lo que ha ocurrido en nuestro medio.

El análisis de la naturaleza de la actividad editorial puede mostrarnos de un modo más claro y positivo cuál debe ser la tarea editorial, la tarea que debe cumplir esa actividad en Chile. A la luz de ella podrá señalarse cuál es la acción editorial que debe desarrollarse y cuáles son sus reales y profundos problemas.

Finalmente podrá debatirse el papel que correspondería a una editora nacional como "Gabriela Mistral".

Para entrar al tema, hemos querido hacer algunas consideraciones previas que no tienen otro objetivo que lograr una cierta uniformidad de lenguaje. Ni siquiera la redacción es en muchos casos original. Lo mismo se aplica a consideraciones que se hacen en la formulación de la tarea editorial, en donde debemos reconocernos deudores de una visión sobre América, que estimamos

la más fecunda que ha producido la poesía americana.[1]

1. *Amereida.*

Consideraciones previas

Nadie podrá negar la importancia decisiva que tiene el aspecto económico al discutirse cualquier política relativa a una actividad nacional. Pero así como sería insensato olvidar este aspecto, también es una insensatez reducirlo todo a términos económicos.

Para un país, gastar en la salud de sus ancianos será siempre económicamente un disparate: si mueren, se habrá malgastado el esfuerzo de sostenerlos; si viven, habrá que seguir soportando la carga de su vida improductiva.

No es por razones económicas que se los protege.

Hay cierta clase de cosas que no se hacen para lograr con ellas otra; no son un eslabón dentro de una cadena de fines y medios. Se hacen por ellas mismas, porque son buenas, bellas o verdaderas; en ellas se detiene ese "para", que transfiere la razón de ser algo a otra cosa. Son ellas la razón de ser y fundamento final de cuanto se hace. En relación con ellas se da una suerte de "porque sí", que no requiere nada posterior.

En el hombre se dan dos tiempos, dos ritmos simultáneos y encontrados: el ritmo biológico y el ritmo

propiamente humano. El primero surge de la tensión ligada al instinto de nutrición, conservación y reproducción. Es un ritmo anclado, empotrado a las urgencias propias de la especie. El animal no necesita proyectar un mundo; éste le es dado por obra de la propia especie ne que se engendra. Es el ritmo de la necesidad, de la supervivencia. Su mundo es el de lo sensible; los sentidos le entregan todo, le dan la total seguridad. Pero el hombre ha sido arrancado fuera de ese mundo de lo puramente sensible. Los fenómenos que le entregan los sentidos no presentan, por sí mismos, una delimitación única y fija; aparecen ya de ésta, ya de esa otra manera. El mundo de los sentidos no le brinda seguridad. El ritmo propio de los sentidos ha sido quebrado por algo nuevo que le concierne; hay algo nuevo que lo afecta y que no se identifica con lo sensible. Surge aquí un género de tensión que lo sitúa en un ritmo nuevo, en otras urgencias, en el ritmo verdaderamente humano. El hombre espera, anhela algo. Lo que le importa, lo que le concierne no puede encontrarlo en el ámbito de lo puramente sensible. Sólo puede encontrarlo en sí mismo. Lo que el hombre quiere ser por sobre la mera subsistencia abre ese tiempo primordial de lo humano y lo lleva a la frontera de un nuevo mundo: mundo que debe ser construido con los elementos del mundo sensible que yace ante él demolido, sin forma propia.

El mundo humano es esencialmente un mundo espiritual. Mundo es, para el hombre, el modo de aparecer de las cosas ante la tensión originaria de lo que le concierne. Es un mundo creado que se sostiene en el hombre, en su ser unos con los otros. No es por ende el mero paisaje o amontonamiento de lo materialmente ya dado de una vez para siempre.

Y precisamente porque el hombre trasciende lo sensible es que también puede crear un mundo inhumano. Y vivir de modo inhumano. Un animal no podrá jamás vivir de modo inanimal. El hombre sí puede ser inhumano y someterse a su pura animalidad, a su pura necesidad biológica.

La historia, el tiempo histórico, se engendra del encuentro de estos dos ritmos primordiales. Sobre la base de aquello que le importa, de aquello que anhela, el hombre debe saber cuándo, cómo, dónde y en qué medida puede permitir el imperio de sus anhelos. La búsqueda de su plena realización humana, lejos de conducirlo a una pura introspección, lo lleva a hacerse cargo de cada caso, a asumir lo particular, a determinarlo cabalmente. El debe, cada vez, armonizar, unificar las dos discrepantes experiencias del tiempo. Por ello la historia ni deriva de puras ideas ni deriva de puras necesidades.

Es cierto que hay momentos inhumanos de la historia. Pero tales momentos no se originan de la

ineludible necesidad de someterse a la pura supervivencia biológica. El marxismo postula esa necesidad. Al contrario, pensamos que tales momentos se originan de un obscurecimiento del espíritu, de un debilitamiento en nosotros de los poderes del espíritu, que nos sume en la fatalidad de someternos al imperio de lo biológico.

El espíritu no es un vago vapor flotante. El es la capacidad de autosostener lo que nos parece digno de ser sostenido, es la apertura a sabiendas a la esencia de las cosas, es el suelo para sostener lo nuevo, la facultad de someterse a lo que libremente el hombre se autoimpone. Cuando retroceden los poderes del espíritu, se queda a merced de lo ya dado materialmente; todo se vuelve instrumento al servicio de la producción de bienes, no hay más relación de unos con otros que las relaciones de producción. El espíritu queda entendido como mera inteligencia para manejar y disponer lo dado, y se torna él mismo instrumento de otra cosa que, por ser a-espiritual, se la tiene como lo real, como lo único digno de ser atendido. Todo lo que se salga de la eficacia planificante, todo lo que respire vida propia, es "idealismo", "teoría", "opio del pueblo".

Vivimos un tiempo de obscurecimiento espiritual. El mundo entero parece hallarse en este letargo.

Nos importa el caso de Chile.

La pobreza es odiosa, poruqe nos fuerza a someternos a las necesidades, porque nos vuelve inhumanos. De pronto, las urgencias son tan fuertes, las necesidades tan apremiantes, llegamos a estar tan próximos al radical mandato de la supervivencia, que pareciera que el único anhelo legítimo, lo único que el hombre puede y debe esperar es la satisfacción de sus necesidades. Parecería que no hay derecho a pedir ni a desear otra cosa. Es más, llegamos a pensar que se vive para ello, que un pueblo puede movilizarse, puede ponerse de pie y constituir su presente histórico sin otro móvil que el acrecentamiento de su riqueza, el logro de un estándar.

Dos hechos, a primera vista fortuitos, abrieron una perspectiva a este documento. La Editorial proyectaba editar una revista destinada a la mujer campesina. Sin ni siquiera proponérselo a sabiendas, de inmediato se pensó en consejos para la casa, recetas económicas para el menú diario, trabajos caseros para ayudar a la economía familiar: lecciones de costura, cultivo de flores para vender, crianza de aves y cerdos, etc. Con el fin de detectar necesidades concretas, recursos existentes y materias que pudieran ser de interés, se hicieron algunas visitas a fundos y asentamientos campesinos. Una mujer oyó pacientemente todas las esxplicaciones del encuestador, todas sus consideraciones sobre la economía y las

posibilidades de aprovechar el jardín para vender flores, y respondió con toda humildad: "Señor, yo soy pobre y apenas tengo para comer. Déjeme las flores donde están. Las tengo pa bonitas o pa llevárselas a la Virgen. ¿Qué sería de esta casa sin flores?"

Esta respuesta manifiesta la esencia de la libertad: por sobre el imperio de la necesidad de subsistencia se es capaz de un acto que se sostiene por sí mismo y ante sí mismo, porque sí, porque dona algo bello. Es un acto que construye su propio suelo, le da patria a un modo de ser propio. Este es el único capital real que poseemos como pueblo para levantarnos sobre nuestros propios pies. Es una manifestación del espíritu.

Este hecho se complementó con otro ocurrido en esos mismos días. El pueblo de Aisén rindió un homenaje a don Diego Barros, cuyo origen resulta, a primera vista, insólito: el haberlo hecho aparecer en una tonada que ha llegado a constituirse en un clásico de su género. El homenaje movilizó a una región entera, hubo un festival de música chilena, actos solemnes, documentos y un testimonio directo entregado al autor. Una región de Chile se sintió identificada, se vio lanzada a la existencia, reconocida por todos, porque un poeta la trajo a la presencia en la leve anécdota de una tropilla de arrieros que "baja pa Puerto Aisén".

Para muchos este hecho será motivo de una sonrisa, si no despectiva, por lo menos de compasión: pobre gente que se contenta con tan poco. Gente inculta, primitiva, alejada que se siente feliz porque figura en el diario o en una canción. Es la versión deprimente que la enfermedad espiritual que nos aqueja puede dar de un hecho que en su profunda levedad anuncia el modo de constituir una patria.

Afirmamos enfáticamente que esta ceguera es la que hace fracasar las políticas económicas, la que nos mantiene aletargados, deprimidos, esperanzados falsamente en un milagro que siempre es de responsabilidad de otro.

El homenaje y la fiesta no fueron porque se inauguró una obra importante, ni porque se obtuvo un crédito, ni porque llegó una ayuda. Fue por una palabra en una canción. Fue porque se tocó una zona de la existencia humana que le da su sentido a la economía, a vivir lejos, a ser un pionero en las estepas, a cultivar las flores, a morir por una tierra. Fue porque tocó una zona de la vida en la que el hombre alcanza su plenitud humana y que por ello recoge lo más radical y decisivo de la realidad. Tocó el espíritu.

Decíamos que estos dos hechos abrieron una perspectiva a este documento.

En el hecho, la actividad editorial es un lujo, ella

nace de la generosa superabundancia, del canto a la vida y a la alegría; nacede lo que un pueblo libremente se regala a sí mismo sin razones ulteriores: se lo regala simplemente porque con ello es libre. Sólo un pueblo que alcanza esa altura humana, que lo hace capaz de empinarse por sobre el peso asfixiante de la pobreza y las necesidades, es un pueblo con capacidad de destino, con vida propia, con algo que decir y enseñar. Sólo allí cobra sentido una actividad editorial.

Decir que un país pobre no tiene derecho a tales lujos es, aparte de una radical falsedad, dictar la sentencia de esclavitud. Un país pobre se da el lujo de tener escuelas y universidades propias, aun cuando se sabe que sería más económico contratar tales servicios; se da el lujo de tener Fuerzas Armadas, aun cuando sería más económico ser colonia de un país más rico; se da el lujo de tener cementerios, asilos, monumentos. ¿No es un lujo tener Fuerzas Armadas para defender nuestro propio modo de ser pobres? ¿No se funda ese lujo en la sola voluntad de tener un destino autónomo, una vida decidida por nosotros mismos? ¿No es esto la más pura gratuidad, el más puro acto espiritual de sostener ante nosotros mismos lo que nos parece digno de ser sostenido?

Es falso que un país pobre no pueda darse esos lujos. Lo que ocurre es que el oscurecimiento espiritual

que ha significado el marxismo positivista nos ha llevado a aceptar, sin ni siquiera percibirlo, que lo único real es la producción material de bienes, que las únicas relaciones reales son las relaciones nacidas de la más eficaz producción de tales bienes y que todo el sentido de la vida humana es la lucha por instaurar un orden nacido de tales relaciones. Tener patria es un idealismo, tener un credo es un idealismo, salirse de cualquier manera de ese compromiso radical es un idealismo. De ahí el arte comprometido, el pensamiento comprometido, las técnicas para el manejo masivo de la ignorancia; porque se pretende estar en la verdad absoluta, se pretende tener derecho a todos los manejos, a todos los crímenes, a todos los sometimientos. Con este convencimiento interior se puede decretar "hoy no se vive, mañana sí". La única libertad esperable es la de tener la opción de situarse correctamente en el lugar que corresponde dentro de las relaciones de producción. Toda otra libertad es un idealismo.

La fuerza tremenda del marxismo radica precisamente en que hace aparecer la libertad humana como algo que ya no reside en el hombre mismo, en su interna capacidad de sustentar lo digno de ser sostenido, sino como algo que lo proporciona el medio externo, medible, y por lo tanto aparentemente más objetivo. Todo queda referido a categorías materialmente dadas y

manejables objetivamente; queda referido a circunstancias y necesidades superiores a la capacidad individual de cada hombre, y aparece por lo tanto como regida la totalidad del hombre por leyes fatales y necesarias que nadie puede alterar. De este modo, el esquema teórico cobra una apariencia científica muy potente y racional.

Desde este punto de vista, aquella admirable mujer capaz de regalarnos un jardín de flores por el puro amor a su belleza es un ser abominable, sin conciencia social, sin solidaridad de clase, un producto tardío del idealismo absurdo que ha drogado a los pueblos. Ella no tiene derecho a tener flores, ni a donárselas a la Virgen; ni tiene derecho a su humana y maravillosa libertad.

Desde este punto de vista sólo cabe una actividad editorial manejada por el partido, una política editorial fijada por el estado. Todo debe estar sometido al proceso primordial de instaurar un orden basado en las puras relaciones de producción.

Se ha sostenido que la actividad editorial obedece a la necesidad material que tiene todo pueblo de prepararse científica y técnicamente, de ponerse a la altura cultural de su tiempo, a riesgo de quedarse atrás, vivir una vida dependiente, de desaparecer como una nación autónoma. Esta es una verdad a medias, y como todas las verdades de esa naturaleza, es más equívoca y engañosa que un error

declarado; lo que ella tiene de verdad, oculta la falsedad profunda que encierra. Otra vez las cosas quedan referidas a una necesidad que no deja opción a la libertad. Otra vez se ha tergiversado el sentido de las cosas para ocultar o escamotear el acto originario de libertad que hay por detrás de ellas. Otra vez estamos en el terreno de las necesidades de producción material, del orden nacido sólo de tales relaciones. Sin proponérnoslo estamos concediendo el terreno justo para un pensamiento marxista positivista. Se ha dicho que el cáncer no es una enfermedad que , como las otras, ataca frontalmente al organismo, a sus células; el cáncer ataca al programa interno de ella. En otras palabras, no es un ejército que ataca de frente y decide su victoria en un campo de batalla. No. Es un ejército que gana las batallas por infiltración en el Estado Mayor del enemigo. Es lo que ocurre con el pensamiento positivista materialista. Se nos infiltra subrepticiamente allí donde menos lo esperamos.

No es cierto que la actividad editorial de un país obedezca a necesidades superiores a la libre voluntad de quererlas emprender. Ningún acto humano es un acto irresponsable que obedezca a un requerimiento superior a la propia voluntad de realizarlo. Si se va a estudiar, como se pretende en este documento, la actividad editorial, es imprescindible arrancarla de este lenguaje de necesidades

fatales y hacerla aparecer en su verdadera naturaleza, que no es otra que la alegría y plenitud que otorgan las tareas emprendidas a plena libertad, a plena conciencia de su sentido destinal, de su belleza y verdad.

Un pueblo pobre puede ser capaz de regalarse a sí mismo esta fuente primordial de salud y vida. Puede, y humanamente debe, reconocer en sus grandes tareas lo que ellas tienen de libre y soberana voluntad de emprenderlas.

Esto requiere un análisis fundamental de la naturaleza de tales tareas, y en este documento intentamos hacerlo con respecto a la actividad editorial.

NATURALEZA DE LA ACTIVIDAD EDITORIAL

Para entrar en esta materia es necesario en primer lugar hacer un distingo importante: lo que puede llamarse propiamente una "publicación" y lo que es meramente una "edición".

Normalmente ambos términos se entienden como sinónimos, nadie hace un distingo especial entre publicar un libro o editarlo.

Nosotros vamos a hacerlo no por afán de purismo, sino para destacar y contrastar dos fenómenos de naturaleza muy distinta que se confunden bajo una misma denominación.

Publicar algo es hacerlo público, manifestarlo o exponerlo en el ámbito de lo público. Una sensación, un acto, una obra, en cuanto es arrancado del ámbito de lo privado o de lo íntimo para ser compartido o mostrado ante otros, adquiere un género de realidad nuevo, una objetividad propia de lo que es común a varios. Lo privado, aun cuando tiene su propia plenitud interior, implica de todos modos estar desprovisto de la realidad que significa ser visto u oído por otros, de recibir su estima o rechazo. En lo público se coparticipa de un mundo común de cosas y ese mundo común es el que provee de una relación

objetiva entre las personas. El estar sentados juntos alrededor de una mesa, el tener en común la misma mesa, hace que un grupo disperso de personas se constituyan en comensales, en gente con un vínculo que se funda en lo que tienen en común. La calle, el estadio, la ciudad, las instituciones, son ese mundo común de cosas; en lo público se coparticipa de ellas y por ellas se establece una relación objetiva de unos con otros.

El hombre es esencialmente político; él es lo que en la polis, en la ciudad, en su relación objetiva con los demás. La verdad, como experiencia viva de lo objetivo, está íntimamente vinculada a la concepción que el hombre tiene respecto al modo como se constituye lo objetivo, su relación con los otros; está íntimamente vinculada con su propia concepción de la ciudad como soporte último de lo común, lo compartido, lo que subyace como independiente de cada uno y por lo tanto como existente por sí mismo.

La ciudad es el sitio en el cual y para el cual ocurre la historia. En la ciudad se es actor y creador de la historia. Ser ciudadano es emerger en el acontecer de la ciudad, es tener un rostro propio en ella ante los demás. Es en la ciudad que el poeta es propiamente poeta, el científico, un científico, el sacerdote, sacerdote. En el ámbito público de lo ciudadano es en donde las cosas emergen a su plena existencia y se hacen patrimonio común.

Publicar es por esto un acto profundamente ciudadano, constituyente de la vida ciudadana; es un acto fundador, que construye la historia, que amplía y recrea el mundo común de cosas.

Pero para nuestros efectos, debemos hacer aquí una observación esencial.

El publicar no se agota en el mero dar a conocer al público. No cualquier cosa por el mero hecho de exponerse ante los demás pasa a ser patrimonio ciudadano. Es cierto que en alguna medida ocurre así; una estupidez dicha ante otros tiene una trascendencia diferente a si es dicha en la intimidad de un confesionario. Pero no es eso lo relevante. Lo que es decisivo se muestra más bien en que exponer un trabajo matemático ante un público analfabeto es esencialmente diferente que exponerlo ante el foro de los grandes matemáticos contemporáneos. Es en este último caso en donde se juega la realidad y vigencia de lo dicho. Sólo entonces puede quedar revelada la verdad o falsedad de lo propuesto. En realidad sólo en ese momento puede hablarse propiamente de "publicación".

Publicar no es por esto un mero dar a conocer ante otros. Es necesaria una cierta cualificación de esos "otros". Hay un cierto público en el cual reside la autoridad para juzgar la exelencia en cada materia. Es ese público el que constituye propiamente el espacio de lo público para ella;

no es el público en general, tomado en abstracto. En la antigua Grecia, los actos públicos, los actos propiamente ciudadanos se daban en el Agora, allí donde en el debate cada ciudadano encontraba su medida frente a sus "pares". Este ingrediente de "paridad" sigue vigente hasta hoy en la constitución de lo propiamente público. Se publica ante los pares.

Y es más. Una discusión callejera, aun cuando se produzca entre pares, no constituye de por sí una publicación. La publicación supone también las formalidades de lo público. En el caso griego debía hacerse en el Agora y en asamblea pública. En Roma y más tarde en las instituciones homólogas la ley debía debatirse en el Senado. El Senado era el lugar de lo público, allí se hablaba "en público". Ni la calle ni el templo ni el estadio eran lugares para la cosa pública, para la res-pública.

Además, el Senado debía ser citado expresamente para tal o cual asunto. Había una formalidad para lo público.

Hasta hoy se conserva esa formalidad de lo público. La ciencia se publica en congresos, en determinados seminarios, en ciertas revistas. En las artes plásticas sigue dándose la "exposición". Incluso en la industria se da esta misma modalidad.

Publicar es exponer ante los pares y dentro de ciertas formalidades. Sólo lo así expuesto y lo así

reconocido en su excelencia ingresa propiamente en lo público y cobra existencia histórica; constituye un acontecer real.

Nos interesa aproximarnos a la publicación editorial.

Hemos dicho que la publicación requiere de un determinado y cualificado espacio de lo público, requiere, como dijimos, de una paridad y de una formalidad. Estos dos ingredientes de paridad y formalidad determinan un tercero; la locación geográfica. Un ejemplo puede servirnos para mostrarlo.

Nadie podría afirmar con fundamento que en Chile no ha habido ni puede haber grandes modistas. Sin embargo, Chile no tiene moda propia. Querámoslo o no, la moda la impone París. Y desde París modistas chilenos han impuesto la moda en el mundo. Pero ha debido ser desde París, no en Chile. La publicación de la moda requiere de los grandes salones de París con sus desfiles internacionales, requiere de las revistas de gran calidad, de un medio y una tradición. En París se da el sitio de lo público para la moda.

Esto ocurre de modo semejante para la ciencia y el arte. El sitio de lo público está en ciertos centros europeos y norteamericanos, en determinadas revistas de especialidad, en concretos congresos, seminarios o exposiciones. Son las formalidades de lo público. En

Chile, en Latinoamérica no hay publicación científica. Publicar es hacerlo en Europa o EE.UU. El trabajo de científicos chilenos debe publicarse allí para ingresar en el ámbito de la ciencia, para incorporarse al acontecer histórico de la ciencia.

No significa esto que fatalmente serán ésos y sólo ésos los lugares en que resida para siempre lo público para las ciencias. Nada de eso. Hasta hace unos cuarenta años sólo en Europa se daba este espacio de lo público; con posterioridad a la última guerra hemos asistido a la constitución de ese ámbito en Estados Unidos. Será interesante desentrañar el modo cómo ocurrió eso. Pero por ahora nos interesa señalar los hechos anotados para aproximarnos a la naturaleza de la actividad editorial.

En Europa se fundó lo público para la ciencia, en arte y el pensamiento.

Europa ha sido la ciudad de nuestro modo de ser occidental. La Historia, escrita con mayúscula y entendida como se le ha llegado a entender, como Historia Universal, ha sido la historia europea. La hisoria ha ocurrido en Europa desde su origen en Grecia y Roma, pasando por la acuñación cristiana durante la Edad Media hasta llegar a los acontecimientos decisivos de nuestro tiempo.

Hoy Europa y EE.UU. están en el centro del acontecer histórico; en sus manos está la misión histórica

de Occidente. De esto hay dramática conciencia en los pueblos de Europa Occidental y en gran parte del pueblo norteamericano. Se sabe que el destino histórico, el poderse sostener en lo que se es y se quiere ser, dependen radicalmente de su capacidad de creación científica, artística y de pensamiento. En ello radica la posibilidad de mantenerse erguidos sobre su propio suelo. Heidegger ha llegado a afirmar: "Cuando los creadores son apartados del pueblo y sólo tolerados como curiosidades, objetos de adorno o extravagantes ajenos a la vida; cuando cesa la lucha creativa y ella se acampa dentro de lo materialmente dado y existente, en la mera polémica, en las maquinaciones e intrigas del hombre, entonces se ha iniciado la decadencia. En este caso, aun cuando una época todavía se esfuerce por mantener el nivel recibido y la dignidad de su existencia, dicho nivel se ha rebajado. Sólo se lo mantiene cuando se le sobrepuja de modo creador".

La existencia de Europa depende de su autoafirmación creadora. De esto hay también plena conciencia; el trabajo creativo, sea en la ciencia, el arte o el pensamiento, se lo entiende como algo de lo que depende el destino y la existencia de nuestro modo de ser occidentales. Es por esto que la ciencia, el arte y el pensamiento tienen allí una presencia y una trascendencia pública. La vida está puesta en juego en ello.

La profunda significación que ha adquirido la actividad editorial en esos países no proviene sólo de que los editores, a través del comercio de libros, hayan adquirido una sensibilidad especial, mejor que la de los autores, para apreciar las necesidades y tendencias del público. Lo que ha ocurrido más bien es que el trabajo editorial, de por sí empresarial y planificante, se ha encauzado en el sentido de hacer pública la imagen del mundo que entrega la ciencia, el arte y el pensamiento. Ello se ha emprendido planificadamente mediante la más coherente y apropiada producción de libros y escritos. La invención de revistas y obras colectivas; la invención de colecciones de libros, de ediciones de bolsillo, de fascículos, que en forma escalonada llegan a constituir enciclopedias, no es sino la consecuencia visible de un trabajo editorial despierto a lo que está tenso y presente en su medio.

Pero este trabajo editorial se entronca y coincide a su vez con las intenciones y propósitos de los científicos y creadores que, al ser publicados de esta manera, se hacen más fácil y rápidamente conocidos, logran un nombre y un rostro en el espacio público, político de la nación, y con ello logran influencia en las esferas que gobiernan la eficacia dirigida.

Hombres de ciencia, poetas y creadores se atan a encargos de editores y participan así en la determinación

de lo que debe ser publicado. El público, el público en general, tomado ahora en abstracto, pasa a jugar un papel esencial en el acontecer de la ciencia. La actividad editorial, como enlace imprescindible, queda así vinculada a la constitución misma de la vida ciudadana, a su historia, a la sustentación de su nivel y a la dignidad de su existencia.

Aquí aparece con su pleno sentido la naturaleza de la actividad editorial y su íntima vinculación con lo que hemos llamado "publicación".

Hay aquí una observación más que hacer.

Mostrada la naturaleza de la actividad editorial allí donde ella se originó; señalado su carácter de publicación, conviene hacer un alcance respecto a lo que puede llamarse una obra editorial.

En un libro, en una revista, en un diario, en cualquier forma de edición impresa, hay dos aspectos que reconocer: uno es su contenido intelectual o artístico; otro es su forma material, el objeto concreto.

Ya hemos hablado de la dinámica que genera el primero de estos aspectos, el del contenido intelectual o artístico.

Se piensa habitualmente que el otro sólo es un envase adecuado y que su concepción se da apartir de consideraciones de mercado y tendiendo en cuenta su posibilidad de venta; hacerlo atractivo, fácil de leer, vistoso para ser notado en los escaparates, etc.

No es así, sin embargo. También para el diseño mismo del objeto editado cabe exactamente lo dicho para su contenido. La invención de nuevos diseños, de una nueva gráfica, de nuevas técnicas de reproducción, equipos, instrumentos, máquinas de imprenta, supone también un proceso creativo autónomo, con su propia energía interior. Hay un rigor interno que, podríamos decirlo así, compite consigo mismo, superándose ante su propia exigencia interna. No se supera por una competencia comercial con otros. Hay también aquí un ámbito de lo público, hay una respuesta ante los pares. Se da también en este aspecto la publicación, y en relación con él es que el trabajo de taller editorial, el oficio impresor, pasa a jugar un rol decisivo.

Del entronque en un mismo propósito de estos dos procesos creativos nace propiamente la obra editorial.

Frente a este carácter de publicación que adquiere la actividad editorial en los países que se hallan en el centro de la historia, es necesario analizar lo que ocurre con dicha actividad editorial cuando se está fuera de ese espacio de lo público. En particular, nos interesa el caso de Chile.

Evidentemente en Chile se da de hecho una forma de lo público; hay vida política, hay vida ciudadana. Pero nuestro espacio público tiene algo de privado frente a

lo que podríamos llamar la plaza de lo público que se da en Europa y EE.UU. Esta privacidad, de profundo arraigo, tiene su origen en un sentimiento de marginalidad respecto a la historia, respecto al acontecer en el que se juega lo decisivo de nuestro modo de vida. Sin que nos lo digamos explícitamente, pensamos en el curso de los grandes acontecimientos de la historia. Chile parece no estar en el escenario, en la arena de la historia.

Hay un hecho que es la manifestación fiel de este sentimiento. El calificativo de país "subdesarrollado" o "en vías de desarrollo" que se nos aplica en vistas a nuestra situación económica, no sólo lo hemos aceptado, sino, además, lo hemos transferido, insensiblemente, a todas las esferas de nuestra vida. Es así como se ha llegado a entender que nuestro destino es alcanzar el desarrollo o que no puede hablarse de destino propio mientras persista esta situación de subdesarrollo. América estaría en una transición desde la pobreza y la barbarie hacia la riqueza y la civilización. Su destino sería llegar a ser civilizada, todas las metas estarían fijadas. Mientras no alcance esa civilización, mientras no se ponga a la cabeza, ella no comandará ni pesará en la historia. Por ahora América va a la zaga; no tiene otra tarea que ponerse al día. Por ahora vive un tiempo entre paréntesis, no emerge a la Historia.

Lograr estas metas es un asunto técnico, un asunto que se maneja según las leyes objetivas y fijas del producir. Las metas por lograr están dadas, los caminos por seguir están señalizados, los medios para lograrlas son conocidos. Se requiere de conocimientos, ingenio e inteligencia para conducir las cosas por donde ya se sabe deben ir. Nos movemos en medio de lo dado, de lo que se nos impone como existente y materialmente dado. Estamos a merced de lo previsible y planificable. Todo lo que debemos hacer es convencernos de que no deseamos otra cosa que ser civilizados y ricos, que no deseamos sino el bienestar que conocemos por la TV y que debemos comportarnos como se supone debe comportarse quien tiene tales anhelos y esperar. Sin quererlo, sin una conciencia clara de ello, en lo profundo de nuestro ser, en la honda intimidad en que se apoya nuestro impulso interior para la acción, se nos produce un quiebre que nos deja sin suelo para dar el salto: no nos concedemos la posibilidad real de crear otra forma de vida, otro modo de existencia abierto y sostenido por nosotros mismos. No nos regalamos el riesgo de un camino inédito.

Cuando se dice que no tenemos tiempo para tales riesgos, que no tenemos tiempo para tareas de resultado incierto, decimos una verdad mucho más profunda y trascendente que lo que pensamos. En el apogeo del Imperio Romano ya no había tiempo para lo divino,

no había tiempo para la devoción y la hospitalidad, no había tiempo para la vida pública. La vida romana tenía sus propios tiempos para la vida pública, la conquista, el comercio, la intriga cortesana, el éxito y la fama. El cristianismo tuvo que inventar su propio tiempo, abrirles un lugar a la oración, al culto, al amor por los desvalidos. Tuvo que abrirles un lugar a sus fiestas, inventar los monasterios, el retiro y el silencio; tuvo que crear los maitines y las vísperas. Un tiempo con su propio ritmo interior; con su propia espiritualidad, con su propia espera. Ese tiempo llegó a medir la historia, el tiempo de una vida nueva; un ritmo en el que había tiempo para lo que se tenía como primordial. Eso es exactamente lo que significa el advenimiento de un nuevo tiempo.

En el transitado y fijo camino del desarrollo no hay tiempo para riesgos, no hay tiempo para nada, porque no se tiene un tiempo propio. Vivimos un tiempo que no ritma con nuestor modo de ser, que no le da tiempo a la vida, que nos acosa sin piedad, dejándonos siempre a la zaga.

No tenemos una historia de nuestro tiempo; vivimos en la historia y en el acontecer de otro tiempo; por eso nos sentimos marginados, ajenos, espectadores.

Esto nos trae profundas consecuencias sobre la naturaleza de la actividad editorial. En Chile, el incipiente ámbito de lo público en cuanto a ciencia, arte

y pensamiento, se sostiene en un reducido núcleo erudito, ilustrado, o en el reducido espacio asociado a la creación científica, artística o del pensar.

Nuestro público, el grueso público, tiene a ese mundo como un mundo cerrado, de espaldas a la realidad; un mundo que sólo sirve a sí mismo y vive ajeno a las tareas y afanes que nos conciernes. En cierto sentido se lo tiene como un mundo artificialmente transplantado, extravagante y casi extranjero.

Nada primordial y decisivo de nuestra vida de país pobre y subdesarrollado sentimos que se juega en esa actividad; pensamos que la ciencia, la verdadera, la de los grandes descubrimientos, se hace afuera, donde hay medios reales. Lo de aquí es un hobby.

Por una concepción heredada de Europa y que tiene su origen en la época de la Ilustración, la cultura es entendida como erudición, buenas maneras, gusto refinado. Durante el Absolutismo, el ser culto fue un factor esencial para escalar una posición en la "alta sociedad". La buena ortografía y buena letra, el correcto hablar, el poder sostener una conversación refinada, el buen gusto, el vestir adecuado, el poseer una biblioteca abundante, cuadros de pintores reconocidos, objetos de arte y una casa de estilo, fueron señales valederas de cultura y, por tanto, de rango.

Esta concepción era la predominante en el momento en que América hispánica iniciaba su vida independiente. A la luz de ella apareció que esa "buena educación" y todo lo que ella conlleva, era condición indispensable para que los pueblo americanos tuvieran un lugar en el mundo, emergieran a la cultura y modos de ser lo culto, único modo de ingresar a la vida civilizada, al concierto de naciones libres. Era, en verdad, un imperativo de existencia.

Mucho de la cursilería literaria que se ha arrastrado hasta nuestros días, gran parte de las espléndidas bibliotecas jamás leídas, de las colecciones de cuadros y objetos de arte jamás mirados, casi la totalidad de la arquitectura "de estilo" proviene de esa época y de esa concepción. Aun hoy ella no ha desaparecido ni mucho menos. No haber leído a un autor consagrado sigue siendo una especie de lacra de vulgaridad e incultura. Pero ello no proviene de que algo profundo de nuestro modo de vida haya sido mostrado por ese autor. Nada de eso. Se trata de un juicio absolutamente externo; toda persona culta debe estar informada, debe ser un conocedor.

Esta concepción de la cultura, esa concepción de la ciencia, el arte y el pensar como elementos de lo culto, y lo culto como erudición, impregnaron tradicionalmente nuestra educación en todos los niveles y esferas. El saber es

un saber libresco, fundado en un recordar exterior y por lo tanto algo radicalmente separado de la vida diaria, de sus urgencias vitales, del flujo crudo e informal de lo cotidiano.

La ciencia y la técnica, el arte y el pensar no consisten para nosotros en una actitud interior y en el apasionante nudo de problemas que abordan, sino en el rimero de conocimientos acumulados y que han sido debidamente comprobados y afianzados. Sus avances son el producto de un proceso abstracto, lejano, despersonalizado. Ellos nos llegan ya construidos y terminados, como los nuevos modelos de automóvil. La gesta de la ciencia, del arte y del pensar no nos pertenece. La conocemos por noticias, por comentarios. Su producto nos llega envasado en libros.

Esta concepción se nos ha impuesto y nos ha resultado natural y valedera, precisamente porque ella es coherente con este sentimiento de marginalidad de la historia de que hablábamos recién. Los grandes problemas de la ciencia no son problemas nuestros, las encrucijadas del arte no son las nuestras, las corrientes de pensamiento no tocan problemas nuestros. Las grandes polémicas, la lucha creativa que se desarrolla en Europa y EE.UU. nos son ajenas. También ellas nos llegan envasadas en libros y revistas que nos dan la noticia, pero no estamos en el interior del debate, no se nos va la vida en él. A nosotros sólo nos toca conocerlas y aprenderlas; eso nos civiliza.

Frente a lo que la actividad editorial entrega, el público no se siente llamado a emitir un juicio valorativo. El valor científico, el valor artístico o filosófico de lo que se entrega, ya viene dado, es parte del producto. Es en este sentido que decimos que lo que la actividad editorial entrega es recogida como "mera edición" de lo dado, de lo ya afianzado o concluido. No cobra el carácter de publicación.

En un cierto sentido ese saber propio de lo culto es recogido al modo del saber teológico; más que la fuerza de un argumento, pesa la autoridad de quien lo da. Y la autoridad de lo consagrado y estatuido allí donde se da lo público no es puesto en duda.

Tocamos así un punto muy profundo relativo a la naturaleza de la actividad editorial en un medio como el nuestro.

Ajenos, como dijimos, a la lucha creativa, a la polémica en que se genera aquello que se publica, al margen del flujo de una existencia que le confiere su pleno sentido a tal debate, lo que la actividad editorial nos entrega es, a la postre, un producto estandarizado de mero consumo. Podrá consumirse para suplir una necesidad vital como es la de mantenerse al día, tener los conocimientos para manejar el inmenso aparato técnico que se nos ofrece para la producción de bienes; podrá ser consumido para

satisfacer una necesidad de esparcimiento y recreación. En todo caso, queda en pie el hecho decisivo; nos llega bajo la forma de un producto terminado, lo recibimos como tal y queda fuera de la esfera de aquello que debe ser transformado y sostenido de modo creativo. Pertenece al mundo de lo que se nos impone como lo materialmente dado y existente.

Por otra parte, y éste es un indicador de la validez de lo que señalamos, el producto que nos entrega la actividad editorial trae un ingrediente sutil pero decisivo; viene ya valorado. El aval de esta valoración es la resonancia que el libro o escrito haya tenido en el extranjero, su consagración en medios cultos reconocidos.

Todo esto configura exactamente lo que hemos llamado la "mera edición", es decir, una edición sin soporte real en el medio que la recibe.

Queda con esto señalada la profunda y esencial transformación que ha sufrido el sentido de la actividad editorial desde su nacimiento espontáneo y natural en Europa hasta su trasplante a nuestro medio.

Dos consecuencias importantes debemos señalar a este respecto.

La primera se refiere a que, teniendo el producto de la actividad editorial ese carácter de mera edición, ella se transforma preponderantemente en un puro comercio

de libros y escritos. No quiere decir esto que allí donde ella tiene el carácter de publicación no haya comercio. Lo hay y de hecho es mucho más remunerativo que allí donde sólo aparece como mera edición. Lo que queremos señalar es que donde hay genuiga publicación el comercio no es lo decisivo; él va a la zaga y se produce sobre la base de una fuente de actividad intelectual y artística que no está sujeta al comercio, que le es anterior y tiene vida y soporte autónomo. Precisamente porque esa fuente de creatividad irrumpe con su propia vitalidad interior en lo público y se genera de él mismo, es que ella da pie a un buen negocio, origina un comercio próspero. Acá donde la actividad editorial entrega un producto que es recibido como mera edición, el comercio se vuelve lo decisivo, lo que fija criterios de producción y distribución, lo que regula.

Desde el punto de vista del comercio, el que algo sea una obra de arte o un trabajo de gran valor científico no cuenta, o cuenta secundariamente. Su ámbito público es el mercado de intercambio. Libros, revistas o escritos son mercadería, bienes de intercambio, vale decir, objetos de producción para el mercado. Debe producirse o distribuirse sólo aquello cuya venta está asegurada: el "best-seller" extranjero, la revista, con personajes y temas consagrados por el cine y la TV, el folletín y , hasta no hace mucho tiempo, la truculencia basada en la violencia y la

sexualidad. Un público con las características que hemos anotado se habitúa a consumir lo que se le ofrece y no se le ofrece otra cosa que lo que consume. El otro mercado seguro es el de textos y escritos asociados a la enseñanza. Aquí el comercio prácticamente no ofrece nada que no haya sido propuesto o fijado por las instituciones de enseñanza; explota las necesidades que emanan de los trabajos y tareas que exigen la enseñanza escolar y universitaria.

Es necesario aclarar que nos referimos aquí a una tendencia, y por lo tanto caben excepciones que de hecho se han producido y se producen.

La otra consecuencia es que en Chile prácticamente no hay autores. Esta afirmación pareciera encerrar una descalificación de nuestro medio intelectual y artístico. No es así, sin embargo; no lo es en absoluto.

Estamos hablando de un hecho editorial, no de un hecho intelectual o artístico. Todo trabajo creativo se produce siempre en el aislamiento. Como lo hicimos ver más atrás, el creador, el científico, el artista y el pensador pueden encontrar su relación con otros sólo intercambiando y confrontando su trabajo con ellos y eso es lo que se funde el espacio de lo público. Aquí ese espacio de lo público se halla restringido a un reducido núcleo que casi no tiene resonancia en el público. Lo que allí se hace y se produce es recogido, cuando logra

editarse, como mera edición, con una agravante que resulta decisiva: no cuenta con el aval de su consagración en el extranjero. Editorialmente hablando, hay autor donde hay posibilidad de publicación. No dándose esta posibilidad, se tienen valores, talentos, autores potenciales, pero no autores. Ese es nuestro caso.

El único camino, cuando no se ha dado la consagración exterior, para hacer de un valor nacional un autor, ha sido el conferirle un reconocimiento oficial, hacer de sus obras lectura obligada en colegios o universidades, otorgarle premios, abrirle artificialmente un espacio en lo público es limitadísimo, se lo tiene como un valor provinciano, un "cabeza de ratón" que no ha logrado ser "cola de león". Salvo muy contadas excepciones el comercio editorial les cierra las puertas.

Otra forma que toma este hecho se manifiesta en que todo el mundo se siente autor. Como el propio medio no genera una medida, como no hay debate y competencia, se carece del mecanismo de confrontación que señale estaturas. Ser autor queda referido a la arbitraria aceptación o no aceptación que ejerzan los editores o las autoridades. Es cosa de influencias o amistades. No hay real medida.

Estas dos consecuencias que hemos señalado configuran una tercera. Ella tiene que ver con el modo

como ha sido vista y considerada la actividad editorial por los propios editores y por gran parte de las esferas oficiales que han tenido que ver con ella. Se dan aquí dos polaridades extremas y las consiguientes situaciones intermedias acentuadas en uno u otro sentido.

Por un lado, se piensa que la enseñanza y formación están entregadas a las instituciones oficiales destinadas a este efecto: establecimientos primarios, secundarios y universitarios. La actividad editorial es una actividad auxiliar, asumida fundamentalmente por la empresa privada, y es un negocio que debe ser tratado como cualquier otro. Hay una legislación sobre publicaciones, hay reglamentos, hay un control adecuado. No caben otras consideraciones especiales respecto a ella. Por otro lado, se piensa que la actividad editorial es un medio fundamental para influir ideológicamente sobre la masa ciudadana. Ella es un instrumento que no puede ser entregado a manos privadas y debe ser controlado y manejado por el Estado o por el partido.

Entre estos dos polos caben, como dijimos, posiciones intermedias.

Lo paradojal es que todas se apoyan en un mismo hecho: en Chile no hay publicación. Para la primera, éste es un hecho sin importancia, es así y puede seguir así; hay otras tareas más importantes. Para la segunda, éste

es un hecho favorable, es así y debe seguir así; facilita la tarea más importante.

Entre las posiciones intermedias se baraja la multiplicidad de formas: una actividad editorial privada con una empresa editora nacional relativamente autónoma que asuma aquellos aspectos que el comercio no resuelve; una actividad editorial privada con una empresa editora nacional centrada fundamentalmente en un servicio de comunicación social del Estado; una actividad editorial privada, pero que mediante franquicias o subvenciones asuma todos los aspectos sociales que ella debe llenar, etc.

Todas éstas son fórmulas que podrán ser más o menos convenientes, con ventajas y desventajas, pero que se fundan todas en un radical escepticismo respecto a lo que pueda darse en Chile y que no se haya dado antes. En el fondo, son medidas de ingenio, de sagacidad, de inteligencia para combinar cosas y situaciones dadas, pero niegan absolutamente la posibilidad de algo nuevo. En verdad no se propone otra cosa que una mera administración de lo que en el fondo se tiene por irremediable; no hay posibilidad de proponer una tarea, sólo faenas férvidas, sin fe en nada, manejos exteriores sin compromiso personal, sin vida empeñada.

Como no se tiene ninguna comcepción respecto a la publicación, respecto a lo que son propiamente tareas

nacionales, respecto a los modos como se construye una patria y no meramente una empresa, todas esas medidas aparecen restadas, sin ánimo interior, sin luz ni capacidad para fundar un tiempo propio.

La posibilidad de que a la actividad editorial le quepa una tarea real en el momento concreto que vive el país y a partir de ahora en el futuro, depende de la posibilidad de hacer de ella genuina publicación y no, como hasta ahora, mera edición.

Aquí nos parece que debemos aclarar un punto importante. Lo que hemos afirmado puede parecer injusto para el trabajo hecho por editoriales nacionales. Parecería que se descalifican esfuerzos de gran valor realizados, aun corriendo riesgos económicos graves. Por ningún motivo quisiéramos que esto se entendiera así. Lo que queremos hacer ver es que no habiéndose profundizado en el sentido mismo que tiene la actividad editorial, esfuerzos nobles, heroicos en muchos casos, quedan esterilizados por una desorientación que hace estragos en nuestro medio editorial.

Nos interesa aportar una visión y un diagnóstico que puedan ser fecundos y positivos para toda la actividad editora nacional. No estamos contrastando los méritos de una acción emprendida por nosotros con los defectos y limitaciones de lo hecho hasta ahora. Eso sería, además de injusto, torpe e infantil.

Hablamos de la construcción de una vida ciudadana nacional, no de los méritos que uno podría tener sobre otros para construirla. Intentamos analizar las posibilidades de emprender una tarea conjunta y con ello de la posibilidad de hacer del trabajo editor genuina publicación y no, como hasta ahora, mera edición.

Hecha esta aclaración, podemos continuar con nuestro asunto.

Hicimos ver que tal posibilidad está, a su vez, sujeta a realidades históricas y espirituales muy profundas. No se hace de la mera edición publicación con sólo dictar un decreto o expresar la voluntad de lograrlo.

Allí donde lo público no tiene un norte propio, no tiene conciencia de un presente en el que se juega un modo de vida y que debe ser sobrepujado de modo creativo, no hay posibilidad de publicación. Lo que hemos dicho hasta aquí podríamos resumirlo así: en la tranquilidad y seguridad de la cubierta un pasajero puede abandonarse a la protección que le dan el barco y quienes lo llevan a destino. Pero en la hora del naufragio todo cambia radicalmente. Allí el hombre se hace todo nervio, músculo, inteligencia, ingenio. Recurrirá a todo lo que sabe, a todo lo que lo ilumine, a todo lo que es. Allí aparecerá con toda su fuerza y perfil el hombre que es, el hombre que en medio de la comodidad y el abandono estaba oculto,

quizás postrado. La vida está en juego, el presente está en las propias manos, el futuro se decide en el modo de resolver el ahora y aquí. Allí la palabra, la creatividad, la invención, tienen su pleno sentido; la memoria, el recuerdo de situaciones que ahora pueden dar la salvación, cobran también toda su vigencia y realidad. Si en ese momento se descubre que ese naufragio, lejos de ser la desgracia y la negra fatalidad de una muerte segura, es el don, el regalo, el maravilloso presente que lo pone en el trance de ser plenamente el que se es, entonces se estará en la situación de un pueblo que ha sabido reconocer su destino y que responde de su futuro ante sí mismo. En ese pueblo se da lo público y en él hay publicación.

Mientras nosotros pensemos nuestro momento actual como una transición desde un estado de pobreza y barbarie hacia un estado de riqueza y civilización, es decir, mientras el puerto de salida y el de llegada estén dados y sólo tengamos como horizonte la supervivencia, como pueblo estaremos postrados. Iremos en la cubierta del barco. No seremos nosotros mismos manifestación de una vida que se da sólo porque nosotros la sostenemos y creamos. No tendremos un presente histórico.

Parecería con esto que nos hallamos en un callejón sin salida. La palabra tiene significación y sentido sólo para aquel que sabe que la necesita. El que no la necesita

padece de la peor sordera, porque no oye y cree que oye. La palabra queda impotente. La actividad editorial se hace publicación allí donde la palabra es necesaria; se la tiene como una luz esencial para salvar la vida. Allí donde no se tiene conciencia del naufragio y no se ha recibido como tal el don, la palabra es mero discurso retórico, está muerta. Sin embargo, el único modo de despertar a un pueblo a su presente es la palabra. Quedamos cazados en un círculo, en un nudo que no muestra sus extremos.

¿Tenemos que ceder a esta fatalidad y abandonarnos a la tranquila pendiente del escepticismo realista y práctico?

Cuando de lejos miramos la historia de Chile, saltan a la vista momentos de ella que tienen ese aire especial que llamamos "chilenidad". Son los momentos en que reconocemos algo que cobró existencia ante el mundo sólo porque en él se dio ese fenómeno, esa especial circunstancia histórica, que es la constitución de nuestra patria. Son los momentos que sentimos como propios, como más íntimamente constitutivos de nuestra historia, pues llevan el sello personal, de algún modo único, de lo que nos es propio. Son ellos los que nos otorgan identidad, carta de ciudadanía ante los demás y ante la historia.

La vida de un hombre no consiste en el mero encadenamiento temporal de actos y sucesos arbitrarios y sin sentido. En la medida que un hombre, como ser

espiritual y corporal, es el material en que algo trascendente deviene, forma y se manifiesta, es que propiamente vive. Lo mismo ocurre con un pueblo. Esos momentos de la historia que sentimos como más chilenos son precisamente aquellos en que vemos manifestarse algo trascendente, que en cierto modo nos es común y propio. A eso trascendente que muestra en unidad el primero y el último día de un pueblo, es a lo que se le llama "destino".

Nada que ver ese "destino" con el sino fatal y fijo entendido como determinante de nuestro porvenir. Tener destino requiere esa visión ante la cual comparece el propio origen, lo incanjeable y único que nos otorga identidad.

Esos momentos en que reconocemos la chilenidad son aquellos en que se nos manifiesta un destino. Un pueblo tiene vida, tiene historia, en la medida que tiene visión de destino.

Ahora bien, se es algo, se tiene un ser propio cuando hay autodeterminación, cuando nuestros actos no están sometidos fatalmente a una ley superior. Hay destino donde hay libre autodeterminación. Un pueblo sometido es un pueblo sin destino. La libertad no consiste en la carencia de barreras, en la ausencia de límites. La libertad consiste precisamente en autoimponerse un límite, ponerse a sí mismo en límite. Un ermitaño es libre en su ayuno, un sacerdote en su celibato, una esposa en su fidelidad.

Esos son momentos peculiares de chilenidad son aquellos en que se ha manifestado nuestra libertad como pueblo, nuestro peculiar modo de autoimponernos un límite.

Hacia 1830 y hasta 1891 se produce el fenómeno quizás más propio de la chilenidad: la constitución del primer Estado latinoamericano. Es el momento en que se fundan nuestras instituciones, en que se realizan las grandes obras, en que se construye el mundo común de cosas que da lugar a lo público. Es el momento en que la vida pública toma su forma, nace la norma que pone en límite la vida ciudadana, funda lo político como un modo de existencia peculiar y abre un horizonte para la propia historia. Es un momento pleno de chilenidad, de destino.

El paso desde esta situación hasta la que hubo que encarar en 1973 podría caracterizarse como el paso desde predominio de lo político hacia el total predominio de la política.

El cambio es muy profundo y grave.

Para explicarlo de un modo breve, vamos a recurrir a un ejemplo.

La pobreza, origen primario de todo lo que se ha llamado "la cuestión social", tiene a su vez origen en el fonómeno natural y sempiterno de la escasez. Es un problema que debe ser abordado y resuelto mediante la ciencia y la técnica.

Ahora bien, este problema puede hacerse aparecer como algo de por sí político, como producto de la usurpación y la violencia ejercida por unos hombres sobre otros. Su solución queda planteada en este caso como un asunto esencialmente político: antes de ni pensar en abordarlo científica y técnicamente, es necesario derrotar los poderes políticos imperantes, a la clase dominante y explotadora.

Lo decisivo de este modo de pensar no es su contribución teórica a la formulación y solución de un problema, sino el ingrediente puramente político que aporta. En verdad, no interesa explicar el fenómeno, sino hacerlo aparecer como el resultado de un juego de factores políticos manejados o manejables por los poderes dominantes. Este ingrediente político es el que genera la pasión y el odio y con ello la movilización de las masas. Su fuerza radica en que ciertamente se da una injusta distribución de la riqueza, pero ello es transformado en una acción consciente y concertada, que no puede sino mover a repudo y odiosidad.

Este ejemplo señala el modo como un asunto es arrrancado de su centro, transformado en su naturaleza, para volverlo una cuestión política que garantiza un efecto sobre la masa. Se supone que los impulsos de esta masa sólo obedecen a necesidades de supervivencia, a necesidades biológicas traducibles siempre a términos económicos.

La política, vuelta el mero arte y la escaramuza para conquistar y perpetuarse en el poder, encuentra en este modo de transformar las cosas un fundamento moral —en cuanto tal conquistase hace en un hombre de los desvalidos— y una palanca efectiva en cuanto logra la movilización y el apoyo que necesita. El poder, entendido como dominio de unos sobre otros, es la materia que se transa en la política, pues se piensa que sólo desde un poder dominante es posible realizar las transformaciones políticas que se requieren. Pero el poder tiene su propia ley interior: su límite es la totalidad del poder, el dominio total. Ninguna cuota de poder es suficiente. Por esto la lucha por el poder se vuelve un fin por sí mismo y la política se torna la antítesis de lo político.

En efecto, lo político se sostiene en un horizonte espiritual que abre a un destino común y por lo tanto supone la constitución de lo ciudadano, el acontecer de la historia a partir de cada hombre, a partir de su modo peculiar de emerger y ser actor de la historia común. Si ese horizonte espiritual no es asumido por cada uno, no hay comunidad, no hay ciudad, no hay destino. La política, en cambio, se sostiene en una lucha que debe conducir a un poder dominante y la constitución de lo ciudadano se hace desde el poder y por la iniciativa del poder. No requiere de un flujo que se genere en cada uno. Esencialmente no

requiere de un horizonte espiritual asumido, no requiere de un destino. Opera en un pueblo postrado y requiere de ello.

La vida pública de un país es siempre el encuentro de estas dos tendencias. Lo grave es cuando pasa a predominar sólo la política y ello en forma total.

La polémica política, las campañas para lograr el poder y todas las formas de lal lucha política son, a la larga, la cátedra donde la gran masa ciudadana se instruye sobre los asuntos políticos. Desde hace muchos años esta cátedra está enseñando que todas las soluciones para la pobreza dependen de una transformación de las estructuras sociales —una transformación política— y de una implantación económica planificada y desarrollada desde el poder, cuyo objetivo directo es lograr un desarrollo, el cual promete la obtención de ciertos estándares de vida, cierto ingreso per cápita. El desarrollo económico es un asunto técnico, un asunto de planificación y administración apoyado en una adecuada estructura social concebida a partir de relaciones de producción. Es un asunto que debe ser manejado desde un poder central y en el cual a cada ciudadano le corresponde aportar su trabajo y su cuota de sacrificio. La retribución, la promesa, es la obtención de un bienestar económico, seguridad para el futuro.

En el fondo esta cátedra está enseñando que carece de sentido tener historia, tener destino. No lo está

enseñando porque lo diga así. No, lo está enseñando de un modo muchísimo más eficaz: no se le confiere valor y realidad sino a lo que puede resolverse desde el poder; el resto no existe, se olvida, desaparece. Debemos someternos al tiempo propio de las necesidades biológicas, no hay otro criterio posible que el de la utilidad y conveniencia. Se vive para producir y se produce para sobrevivir.

El presente es un tiempo entre paréntesis que hay que olvidar para poner los ojos en un futuro que ofrece casa, automóvil, chimenea prendida y todos los adelantos técnicos que proporciona el confort industrial. Como lo dijiera un pensador, se ofrece un desierto en medio de cuya noche los últimos hombres tendrán que decirse unos a otros parpadeando: "somos felices".

Cuando este modo de pensar se ha infiltrado hasta el último rincón de la mente, cuando la cantidad se ha transformado en calidad, cuando todas las jerarquías reales han sido abolidas para aplanarlo todo en la uniformidad del estándar y de lo indiferente, entonces se está en el terreno ideal para el predominio total de la política. Todos los problemas tienen solución mañana, la promesa ya no es compromiso, la palabra es instrumento al servicio de la lucha por el poder, la verdad es lo que hoy se ofrece como eficaz para el logro de un propósito.

"La poesía, las artes plásticas, la música, la religión

y la propia constitución del Estado, en otras palabras, todo aquello cuya fuerza y belleza verdaderas encuentran su raíz en el espíritu, retroceden hasta convertirse en bastardos 'valores de la cultura' puestos al servicio de otra cosa". Son las más de las veces el pomposo atavío de la propaganda y la autopublicidad proselitista.

Perdido el espíritu, el hombre pierde la fuerza para acrecentar la grandiosidad, extensión y originalidad de su propio mundo que carece de profundidad y que ya no puede albergar lo que le es esencial. Por ello todo se vuelve chato y rutinario. El trabajo es mera fatiga, penosa y desgastadora. Nada parece llenar la vida, y a ciegas, casi por instinto, se entrega a la embriaguez de las pasiones y de los odios, a la embriaguez de las promesas, de los entusiasmos irracionales, a los sueños de riquezas y posición. Se abandona a ser instrumento de un poder que todo lo dispensa. El destino ya no depende de él, ya no se es actor de la historia, no hay referencia a nada trascendente, lo sagrado es superstición e ignorancia, el espíritu "no alimenta", no es un vacuo vapor sin sentido. Es ésta la postración espiritual que hizo posible la más amarga reciente experiencia histórica de nuestra patria.

Es esta postración la que hace impotente a la palabra. Palabras como "patria", "suelo", "destino", "amor", "Dios", "héroe", "santo", que testimonian el encuentro del

hombre con lo trascendente y que son por lo tanto las más esenciales, han llegado a ser palabras vacías que ya no dicen nada. Ellas son un medio inevitable de expresión, pero se han vuelto un medio equívoco, aplicable arbitrariamente por cualquiera y cualquier sentido.

Las políticas económicas se atascan, lo esperado no se produce. El llamado a asumir personalmente el riesgo de un destino, a asumir personalmente la tarea de construir la patria, parece no tener eco. Se sigue a la espera de un milagro obradoo por el poder. Se sigue "escuchando" el eco de esa palabra equívoca que es sólo instrumento de la política, de la hueca retórica proselitista.

La crisis en que nos dejó el régimen pasado no es sólo una crisis económica. La crisis que estamos viviendo es una crisis espiritual. No hay un horizonte espiritual, no hay un proyecto poético, en cuyo interior la vida vuelva a descubrir la nobleza del riesgo, la belleza y la alegría de asumir un destino.

Hoy parece impensable salirse del mero desarrollismo económico para emprender la gesta de un modo de vida propio, quizás inédito.

Mientras el lenguaje que hablemos siga siendo el del estándar y el bienestar económico, en Chile no habrá pasado nada; habrá un gobierno nuevo, honesto y leal, habrá un esfuerzo oficial por arreglar las cosas, pero el

chileno seguirá siendo un espectador, seguirá pasivo y ajeno como quien mira a un mecánico arreglarle el auto.

El lenguaje debe cambiar radicalmente. La crisis económica es un desorden en las personas, no en las cosas. Si un terremoto hubiera asolado a todo el país y éste hubiera originado la solidaridad nacional, la movilización total, la vida en campaña con un giro radical de toda la existencia, nadie podría hablar de crisis, ni económica ni de ninguna naturaleza. Se viviría la alegría primordial de lo que se emprende y realiza en común. La patria se palparía por la piel, se llevaría en el corazón, y en cada gesto, en cada fidelidad.

Nuestra crisis es una crisis del espíritu y por ella el lenguaje debe cambiar radicalmente.

Es aquí donde la tarea editorial cobra su pleno sentido.

La crisis es real, no es ficticia. Es un momento crucial, no es uno más entre muchos.

No se trata de sembrar otra vez una ideología, ni menos una antiideología; tampoco se trata de aportar motivaciones, ni de incentivar entusiasmos, ni de influir sicológicamente para movilizar en un sentido determinado. No se trata de un asunto sicológico, se trata del espíritu.

La única fe fundamental que puede animar esta tarea es la fe en la capacidad reveladora de la verdad y la belleza.

Por lo tanto, no se trata de despertar un patrioterismo chovinista, de sacralizar lo autóctono ni de ensalzar el folclor. Tampoco se trata de idealizar nuestra historia, ni de los grandes personajes de ella. No se trata, en otras palabras, de usar las cosas para conseguir con ellas un resultado de utilidad inmediata.

Porque de pronto nos hallamos dominados y enceguecidos por una civilización racional, positivista y técnica, dominados y enceguecidos por la certeza que ella tiene de sí misma, es que no descubrimos otro sentido a nuestros actos que la utilidad pudiera dar cuenta de las catedrales, de los héroes o la patria. Es cierto que en toda tarea auténtica hay un aspecto de utilidad; hacer cosas útiles es tan necesario como el pan y el agua, pero pan y agua es también alimentación penitenciaria. Confundir el momento de la libre voluntad de una tarea gratuita -que se emprende por su verdad y belleza- con el momento de la utilidad que le es inherente, es confundir el proceso de la vida con el de la fosilización. Cuando el interés y la utilidad pasan al primer plano, es que el espíritu creador ha desaparecido.

Cuando Chile recién se constituyó en Estado, cuando él sugirió por primera vez a la vida independiente y tuvo que constituirse como ciudad autónoma, con su propio sentido de lo político, a abrirle camino a su propia

historia, nació con él una esperanza: éramos el país del futuro, el primogénito de América latina. La pobreza, la carencia de instituciones y de obras, la ignorancia, eran la alegría de lo por hacer, de las invenciones que debían surgir, de las tareas inédias que darían testimonio de nuestra grandeza y pujanza.

¿Qué ocurre hoy?

Hoy todo es subdesarrollo, es miseria e indigencia. "Hoy, los jóvenes de hoy aprenden que el subdesarrollo es una cosa humillante. Todos nos referimos a él con resentimiento y con vergüenza."[2]

2. *Amereida.*

Pobreza y subdesarrollo son dos cosas esencialmente distintas. La pobreza, a secas y desnuda de toda clasificación, nos deja en la libertad de asumirla como nos parezca; podremos hacerlo como franciscanos, como bandoleros, como príncipes o como pordioseros. Podremos pensarla como una fatalidad o como un desafío. El subdesarrollo, en cambio, es ya una clasificación. Es desde ya una valoración del estándar y el confort, es tomar un partido respecto a lo que deben ser nuestras formas de vida, es ponernos a la zaga de los países desarrollados y tener a sus formas de vida como los paradigmas e ideales a lograr. Pero lo más grave es que al aceptarlo como el diagnóstico científico y objetivo de nuestra situación, aceptamos con ello que la única salida real y sensata es

la que nos ofrecen las técnicas y mecanismos económicos del desarrollo, con lo cual abandonamos el suelo de nuestro propio riesgo para embarcarnos en el carro de las seguridades, que nos conduce por caminos conocidos y señalizados. No necesitamos la historia.

No se insistirá nunca lo suficiente sobre el suicidio espiritual que esto significa. El futuro lo establece y lo fija la planificación; la vida nacional no puede ofrecer otra cosa que lo ya dado. En lo fundamental ya está vivida; podrán producirse escollos no considerados, podrán darse resultados no previstos, pero nos sabremos atados a la galera cuyo curso y puerto de llegada están fijos. Sometidos a la asfixia de las puras necesidades biológicas, de la eficacia productiva, sólo cabe contener el aliento, apretar los dientes y volverse un ente inhumano que entrega su energía física a la fatigante rutina de un trabajo siempre penoso y desgastador. Lo único que en tal caso concierne es la supervivencia.

¿Qué significa en tal caso la historia? ¿Qué se puede hablar de la belleza de un problema matemático? No tiene sentido. Sólo lo tiene la avidez por lo ya seguro y probadamente eficaz. Sólo tiene sentido soñar a solas con el momento en que se será rico y libre de esta asfixia. No para en ese momento hacer algo, sino por el solo placer de no estar atado. Este es el terreno barbechado y listo para sembrar el marxismo.

El futuro está dado; su solución o su línea de solución está dada. El presente se ha trasladado para aquel momento en que ya estén alcanzadas las metas establecidas. Vivimos una suerte de pasado que debemos escalar hasta ponernos al día.

Para nosotros ni el arte, ni la ciencia, ni el pensamiento son modos fecundos de inventar una vida; son recursos para ponernos al día de una vida ya inventada y decidida. No nos concierne como problema.

Esa es la barrera que hace impotente a la palabra escrita y esteriliza toda acción editorial.

Digámoslo ahora de un modo positivo, que nos señale el camino para una tarea editorial.

"Hoy, los jóvenes de hoy aprenden que el subdesarrollo es una cosa humillante. Todos nos referimos a él con resentimiento y con vergüenza"

¿Qué ha ocurrido?

Hemos perdido el horizonte poético primordial que le da su sentido a la vida en América, a la vida de América.

Hemos perdido de vista lo que puede significar el ser americanos, el ser latinoamericanos. Es tan fuerte la certeza de sí misma que tiene la civilización racionalista y técnica que vivimos en Occidente, que resulta impensable que se den otras formas de vida que las que ella ha establecido. Esas formas de vida aparecen como

al expresión necesaria y única de un avance científico y tecnológico que invade ya toda la tierra. La pobreza es, y no cabe otra alternativa, la carencia y no goce de los bienes que la técnica y la ciencia dispensan. La riqueza es, y no cabe otra alternativa, la posesión de capitales y del correspondiente "know how" de la ciencia y la técnica. Esta certeza, ciega y dominante, es la que ha acuñado términos tales como "subdesarrollo", "brecha tecnológica", "fuga de cerebros", "estándar de vida", "grandes potencias", "Tercer Mundo", etc. Ella es la que nos ha devorado y por la autoridad de su éxito sin precedente nos ha arrancado de nuestro propio suelo, arrebatándonos al tráfago desenfrenado y delirante de su propio modo de existencia.

No queremos plantear con esto una vuelta a una suerte de primitivismo, ni a un naturalismo bucólico ni a ninguna forma nostálgica de tiempos, que mirados desde lejos parecen mejores y más humanos. Dicho de otro modo, no queremos plantear como alternativa el ser la contraimagen de una vida. No se trata de la fábula de la zorra y de las uvas.

Lo que queremos es hacer ver que América puede tener algo propio que decir, algo profundamente vigente y decisivo para el mundo, tal como la India, que en el último y más bajo peldaño del desarrollo inspira hoy día a las juventudes de todo el mundo con una savia que ni la técnica ni la ciencia pudieron concebir jamás.

Desertar de nuestro destino puede ser lo más grave y lo más demoledor no sólo de nosotros mismos, sono de la cultura, de la que somos deudores y herederos.

En el hecho, objetivamente, la pobreza, para nosotros los latinoamericanos, se manifiesta en otra cosa que para un europeo o norteamericano. No es esto ni un defecto ni una virtud, es así nada más. El bienestar lo vemos también en otras cosas. Lo mismo la alegría, la nobleza, el orgullo, la dignidad. En lo más profundo esa vida del desarrollo nos resulta inhóspita, desprovista de riquezas esenciales, aburrida. El sentido de la hospitalidad, de la convivencia, de la solidaridad, no tiene nada que ver con el de aquellos. El horizonte poético en que se da nuestra existencia americana es otro.

Debemos consentir en nuestro ser americanos, latinoamericanos.

Esto significa: tener el coraje de poner el fundamento de la propia existencia como lo máximamente digno de ser.

Es, en otras palabras, reconocer que América tiene un norte propio, tiene un suelo espiritual en el que puede apoyarse y sostener un futuro que en lo esencial, debe ser abierto e instituido por nosotros mismos.

Es, finalmene, reconocer la posibilidad de vivir la experiencia de un tiempo propiamente histórico y no del mero tiempo calendario regido por un ente exterior. Un tiempo

que se manifiesta en la tensión originada de una voluntad de ser; de desplegar y dar cabida a una plenitud de vida que sea profunda y realmente fuente de alegría y de dicha. Sólo por ser ella la forma de la propia libertad. "...Entonces que os invite el pueblo libre a sus fiestas, hospitalario, ¡devoto!, puesto que el mortal da lo mejor que posee, si la servidumbre no le encierra ni le recoge el pecho..."[3]

3. *Holderlin.*

¿Y cómo se abre un tiempo propio?

Puestos en nuestro presente concreto, ahora y aquí.

¿Qué cabe hacer? ¿Cómo se le da cabida a nuestro ser americano?

Nada de lo que se está haciendo se deja de hacer. Todos los esfuerzos emprendidos se continúan.

Pero hay un "además" que agregar.

Es con ese "además" con el que tiene que ver la tarea editorial y muchas otras que podrían emprenderse.

¿Cómo es nuestro presente concreto?

¿Qué es lo que está realmente presente por detrás de la mera actualidad?

América es inmensa. Son inmensas sus selvas, sus ríos, sus estepas, sus desiertos.

Antes de la llegada del europeo, hubo aquí pueblos que vivieron en paz con este medio. Tuvieron su propia historia, su propia manera de habitar la inmensidad,

de hacerla hospitalaria y capaz de albergar lo esencial para la plenitud de su vida. Habitaron no sólo los valles, habitaron la selva, los pantanos, los desiertos, el altiplano, la sabana del norte y la Patagonia y los hielos del sur.

Los descubridores y conquistadores europeos trajeron aquí e implantaron otra forma de vida. Ella no creció aquí. Tuvo que ser traída con todo su artificio y debió ser sostenida desde la metrópoli. Hubo que crear aquí la plataforma artificial que albergara la nueva forma de vida, cuyo centro y norte eran europeos.

Esta plataforma echó raíces. Pudo alimentarse de tierra americana, y empezó a configurarse una forma de vida que no era ni indígena ni europea.

Y vino la independencia. Una independencia fundamentalmente política. Allí se puso el acento. No hay más obediencia al Rey. Debe instituirse el Estado Americano.

Pero América se mostró más que inmensa, surgió un raro abismo. América resultó ingobernable.

Dice Bolívar en cartas de 1830: "La situación de América es tan singular y tan horrible que no es posible que ningún hombre se lisonjee de conservar el orden largo tiempo ni en siquiera una ciudad. Creo más, que la Europa entera no podría hacer ese milagro, sino después de haber extinguido la raza de los americanos, o, por lo menos, la parte agente del pueblo, sin quedarse

más que con los seres pasivos. Nunca he considerado un peligro tan universal como el que ahora amenaza a los americanos. He dicho mal, la posteridad no vio jamás un cuadro tan espantoso como el que ofrece la América, más para lo futuro que para lo presente, porque ¿dónde se ha imaginado nadie que un mundo entero cayera en frenesí y devorase su propia raza como antropófagos?

"Usted sabe que yo he mandado veinte años, y de ellos no he sacado más que pocos resultados ciertos: 1° La América es ingobernable para nosotros. 2° El que sirve a una revolución ara en el mar. 3° La única cosa que se puede hacer en América es emigrar. 4° Este país caerá infaliblemente en manos de la multitud desenfrenada para después pasar a tiranuelos casi imperceptibles de todos colores y razas. 5° Devorados por todos los crímenes y extinguidos por la ferocidad, los europeos no se dignarán conquistarnos. 6° Si fuera posible que una parte del mundo volviera al caos primitivo, éste sería el último período de América".

El propio americano vio despertar aquí un monstruo ingobernable.

Depuesto el Rey, ¿a quién o a qué se es fiel ahora?

Ser fiel al Rey era ser fiel a la fundación del propio Estado, era ser fiel a un destino europeo, a aquello en que se fundaba la vida que se llevaba. ¿Cuál es ahora la

fidelidad? ¿Cómo se fundan los Estados?¿Cómo configurar desde dentro una fidelidad?

¿Qué nuevos dioses son los que raptaron a América para conferirle otro destino?

Los fundadores con los ojos puestos en la institucionalidad y la ciudad europea, que aparecían como lo vigente, quizás no percibieron que su pie se asentaba en otro mundo, no asumido, no descubierto. Ese es el sinsabor de Bolívar, su perplejidad.

No se trata sólo de grandes lejanías, de inmensas extensiones que lo hacen todo más difícil. No. Es que aquí hubo hombres, hijos de esta tierra, que supieron vivir en el pantano o en la estepa; hombres que vivieron un abismo sin soporte. Y ese mundo es el que despertaba e irrumpía de un modo insospechado.

No se trata entonces, como se pensó siempre, de una mera transición desde la barbarie ya sometida a la civilización.

América no se deja pensar de ese modo.

El origen de América es esa irrupción de un mundo abisal en otro. Es el encuentro.

Ni es la vida indígena, ni es la vida europea, ni es la transición de una a otra. América aparece como tal en el encuentro de ambas. Esa es su epifanía. "Un lugar misterioso donde se dieron todas las razas del mundo

rendez vous, por primera vez desde la división de la Torre de Babel, en la extremidad o cumbre de la tierra"

Este encuentro nos pone en un trance. Asumirlo es situarnos en un presente que nos constriñe a crear una vida nueva, inédita. Reconocer ese origen de América es ponernos en un destino. Este encuentro tiene voz propia, tiene un nuevo norte, su propia orientación.

Este naufragio en que se nos regala el poder manifestar lo que en verdad somos. Es nuestro presente primordial e ineludible. América no ha sido descubierta. A nosotros nos toca desvelar, abrir la vida americana.

No hay ni "ponerse al día", ni "brecha tecnológica", ni "subdesarrollos". Todo ello, en lo profundo, carece de sentido. Todo ello es transición, cerrar los ojos a la fuente de vida que se nos regala es la obcecación de continuar con los ojos puestos fuera de América.

El imperativo es saber que la tarea es inventar una vida a partir de lo que somos: el encuentro de dos mundos. Ni uno ni otro; su encuentro.

Y es aquí donde aparece el perfil de una tarea editorial.

Es cierto que la palabra parece impotente porque no tenemos un presente propio. Es cierto que nuestra historia política vació de toda significación al lenguaje. Es cierto que cuanto se edita cae en lo libresco, en lo escolar, en una esfera radicalmente separada de la vida.

Pero hay un punto aun en donde nuestro aun en donde nuestro espacio público lo es en el pleno sentido que le hemos dado: Nadie sobre la tierra tiene autorirar para pronunciarse sobre Chile si no es un chileno. Y no cualuquiera tampoco. Tiene voz sólo aquel que habla sobre lo que nos reúne como pueblo, que nos hace sentir que hay Patria, que tenemos identidad nacional, que hay algo trascendente que se vive en nuestra vida común, así haya mil asuntos en que se discrepe.

Hay en el fondo del corazón, quizás adormecido, arrinconado, un espíritu latente que puede despertar. Es más, nos atrevemos a decir que está ávido de emprender una gesta, que está necesitado de belleza y de verdad.

Despertar este espíritu a una historia plena de sentido, a la construcción de un presente propio, al riesgo de un destino, es la tarea editorial.

Una observación es clave aquí y tiene que ver ella con algo ya dicho y que se funda en la raíz del lenguaje: no se trata de predicar un destino, de hacer un llamado para ponerse en marcha tras una vida nueva. Eso es lo que ya no tiene vigencia, ni efecto alguno. No hay la menor posibilidad de hacer una distribución masiva de ideas que garantice un efecto.

No hay quien no sospeche de tales campañas; no hay quien, despues de la experiencia vivida, no recele que

por detrás de tales ideas no hay un uso de lo más sagrado, para lograr efectos que no se declaran. Se está dispuesto a muchas cosas, pero no a ser otra vez un ingenuo.

El espíritu podrá ser aplastado, restado, mal interpretado, pero no se deja manipular.

La tarea editorial no es una campaña.

¿De qué se trata entonces?

El respeto y temor de lo sagrado se llama "pudor".

La tarea editorial requiere profundamente de pudor. Requiere profundamente de fe en la capacidad reveladora de la verdad y la belleza.

Los conocimientos positivos son susceptibles de distribución masiva. No ocurre lo mismo con las cosas del espíritu. El espíritu debe ser despertado, no adoctrinado. El espíritu manifiesta una realidad metafísica del hombre, no sicológica. El espíritu despierta ante la verdad y la belleza, no ante motivaciones.

Es por el espíritu que el hombre se abre a perspectivas eternas que le permiten verse a distancia y reparar en su propia realidad trascendente. Como se ha dicho, es por el espíritu que un héroe cansado es otra cosa que una mula fatigada. El espíritu despierta al héroe.

Despertar al espíritu requiere volver a hablar de las cosas mismas, requiere que ellas, las de cada día, las que ya se han hecho invisibles por la rutina cotidiana,

sean mostradas de un modo nuevo, sean, en cierto modo, recreadas. Requiere abrirlas a una realidad más profunda y más viva. Que ello sea hecho con verdad, con lealtad, con pudor.

Como tarea, y es aquí donde le cabe un papel fundamental a la actividad editorial nacional, lo que debemos intentar es sumir la ciencia en el lenguaje cuotidiano, hacerla un modo de mirar y de ver. Esto no se hace sólo enseñando la ciencia sistemática, sino hablando la vida, el paisaje, el acontecer cuotidiano desde la ciencia. Sin hablar "sobre" la ciencia, sino "en" la ciencia. Sin enseñar la sistemática de la botánica, sino enseñando el bosque botánicamente.

Esto significa al mismo tiempo resituar la propia ciencia, arrancarla de la retórica formal de sus tecnicismos para volver a recogerla a la luz de sus grandes problemas, de sus limitaciones esenciales. Es volver a situarla en su origen primordial, y esto implica un profundo y real esfuerzo de pensamiento. Las ciencias vuelven a ser una filosofía en su sentido originario; un modo de situarse ante la realidad vivida como un todo.

Lo mismo exactamente se aplica a la historia. No se trata de producir textos de historia, sino de mirar históricamente; recurrir al pasado que ilumina una situación presente. Hacerla recuerdo y memoria viva,

no historiografía que explique conexiones dentro del pasado. Si la verdad la entendemos como la vivencia de una objetividad, la objetividad de la historia debe vivirse a partir de su fecundidad para proyectar el futuro. Mirando históricamente, vale decir, mirando el presente no como mera actualidad, sino a la luz del trance que abre el propio tiempo americano, mirándolo como lo que está presente por detrás de la mera actualidad, la historia se hace recuerdo y fidelidad al propio origen, abre el mundo de los grandes anhelos, la alegría de construit un mundo que albergue lo que más queremos, lo que somos.

Esto nos pone a todos en el maravilloso trance de descubrir a Chile. Esta es una tarea editorial y esto le da forma a una acción editorial concreta.

La acción editorial que pasamos a exponer está inspirada en el análisis que se ha hecho de la naturaleza de la actividad editorial y en la tarea propuesta. Ella está referida a situaciones concretas de la "Editora Nacional Gabriela Mistral".

Nos ha parecido de interés exponer los lineamientos generales de esta acción, por cuanto ella es la materialización concreta de lo expuesto más atrás y puede, en este sentido, resultar inspiradora y porque, por otra parte, nos da la oportunidad de mostrar las limitaciones y condicionantes reales a que está sujeta la solución propuesta.

Respecto a lo primero —materialización de lo propuesto—, estimamos importante señalar que la acción emprendida no se deduce o desprende necesariamente de las consideraciones hechas; no es una solución única y necesaria. Hay de por medio una invención y ella nos ayudó a ver mucho de lo expuesto.

En cuanto a lo segundo —limitaciones y condicionantes de la solución—, también nos ha parecido importante señalar que ella es muy frágil y contingente, pues se funda en haber logrado establecer una relación entre personas que no obedece

a un esquema contractual, sino más bien a la que se da entre los que están en una misma trinchera. Es frágil pero no débil. Es frágil, porque si no se atiende a su naturaleza y se la pretende reducir a una pura funcionalidad productiva sujeta a derechos y obligaciones contractuales, se quiebra y desaparece. Por otra parte, es muy fuerte, pues de ser sostenida, es capaz de crear tradición de trabajo, formas de valorar y de exigir; es capaz de configurar un rigor.

Para decirlo en muy pocas palabras, la historia de un año y medio, a lo largo del cual tomó su forma esta acción editorial, puede dividirse en dos momentos de características bastante nítidas. Uno inicial, en que priman los criterios propios del comercio, y uno final, en que priman los criterios propios de la tarea propuesta. Esto por supuesto es excesivamente esquemático. En el primero se busca afanosamente definir una tarea y en el segundo se busca con afán una autonomía económica. La gestión final de la empresa es el resultado de una ecuación en la que siempre entran en juego los dos factores; los momentos de que hablamos son, en resumidas cuentas, una cuestión de acentuación. Lo que nos interesa señalar es que esa acentuación, no siendo más que eso un acento, es sin embargo decisiva.

La editorial hubo que ponerla en marcha, no a partir de una estructura racional ordenada conforme a

la obra que debía desarrollarse, sino a partir de la ruina caótica que dejó el régimen pasado. No vale la pena detenerse a describir los detalles de una situación de sobra conocida. Importa decir solamente que en el primer momento el propósito central tuvo que ser el reflotamiento económico de la empresa. El criterio selector para las ediciones que se emprendieran debía ser el del comercio. Y más todavía, el de un comercio precario. Antes que el valor científico, artístico o filosófico de una obra, lo que prima es su valor como objeto de mercado, su valor como mercadería frente a la demanda del público. La gestión editorial, su acción, es una respuesta frente las tendencias y preferencias del mercado.

El trabajo editorial consiste fundamentalmente en seleccionar obras y autores que garanticen una venta relativamente segura. Encomendar obras a autores conocidos o adquirir derechos sobre obras de cierto renombre. Plantear las estrategias de competencia, revistas homólogas que rivalicen con las de la competencia, etc. Es el trabajo habitual que requiere de expertos en literatura, de eruditos, críticos literarios especializados y que, a la larga, no tiene más remedio que moverse en el ámbito de lo dado y consagrado.

En ese momento la Editora Nacional era una editorial más en competencia con las otras existentes y

hacía el mayor esfuerzo por ser la mejor de ellas.

El paso desde esta concepción a aquella que ha caracterizado ese segundo momento de que hablábamos, se produjo a partir del estudio de una serie de publicaciones que la Editorial quería destinar a la mujer y al niño.

Se estudiaba un programa concreto de ediciones para niños.

La primera proposición que llegó a la comisión de estudio fue la de publicar una enciclopedia escolar que resolviera el problema de las tareas y trabajos que se encomiendan a los niños. Datos, mapas y figuras o hechos históricos para recortar. El mercado de tales publicaciones es el más seguro, pues con ellas se explota una necesidad ineludible del hogar.

Es posible que tales textos lleguen a tener una calidad aceptable y signifiquen un aporte a la enseñanza. Pero hay un asunto mucho más profundo que plantear tratándose de una editorial que tiene un carácter nacional, y teniendo en cuenta la encrucijada histórica en que se halla el país.

En efecto, si se examinan los textos y escritos destinados a los niños, si se examina la preparación con que llegan los jóvenes a la Universidad y que la propia Universidad ha denunciado, se verá que el problema de fondo no es el de ignorancia en materias de conocimiento positivo, sino algo mucho más radical y grave.

Una explicación que por lo complicada no se entiende, es mucho más positiva que una mala explicación. Se podrá pensar que ambas son estériles e inútiles, pero hay una diferencia esencial: en el primer caso queda la conciencia de no haber entendido y por lo tanto que hay algo que está allí y no se ha recogido; en el segundo caso no se tiene ni eso. Esta observación apunta hacia el asunto de fondo.

Habitualmente se piensa que no habiendo alcanzado el niño su pleno desarrollo intelectual y síquico, no está en condiciones de interesarse por los grandes problemas de la ciencia, ni menos en condiciones de comprender las complejas explicaciones de los fenómenos. Se introduce entonces en los libros para niños una serie de simplificaciones, y se elige un lenguaje, supuestamente motivador, pero radicalmente inadecuado, que falsea la naturaleza de los fenómenos y de las explicaciones. Se piensa al niño como un proyecto de adulto, y a la niñez, como una etapa de transición hacia la juventud y la madurez. A medida que avance en el proceso de desarrollo, irá adquiriendo la capacidad de comprender relaciones más complejas y se le podrá aproximar a la verdad sobre los problemas y hechos de la ciencia.

Una incorrecta aplicación de esta verdad a medias encierra, sin embargo, el germen que más tarde conduce

al desinterés e indiferencia por la ciencia. Este germen se siembra en el niño al entregarle, sin ningún cuidado, un torrente de respuestas a preguntas que jamás se formulan. Se le arrastra de esta manera a una radical confusión respecto a lo que es el ámbito de los fenómenos a explicar y lo que es el ámbito de las explicaciones. Hechos y explicaciones aparecen sobre un mismo plano de realidad, y, por lo tanto, como algo que debe ser aceptado con un mismo grado de certeza. Esto configura en el niño una actitud esencialmente pasiva frente a los conocimientos, que han perdido, de esta manera, lo que tienen de invención creativa. Y como gran parte de las simplificaciones hechas son a costa de eludir una parte decisiva de la verdad y claridad racional, esa pasividad evoluciona sin que se la note hacia una actitud profundamente irracional; sistemáticamente, debe acatar explicaciones que no explican nada. Más tarde esto se manifiesta en una completa falta de fe en la racionalidad y en un sentimiento de rechazo hacia la ciencia y hacia toda pretensión de explicación teórica. Jamás aparece la belleza de un artificio, el sentido que tiene el decir que algo es verdadero. El espíritu queda inerme frente a lo que se estudia, y todo estudio se vuelve libresco, fatigante y fundado en un puro recordar exterior.

Una publicación destinada a los niños debe ser concebida de otro modo. Si bien la niñez puede pensarse

como una etapa de transición hacia la juventud y la madurez, de ninguna manera ella agota su esencia en ser tal transición. La niñez tiene también un presente propio, una plenitud que debe vivirse sin ser espera de nada. Dicho de otro modo: un niño que muere no es sólo un proyecto que se troncha, algo que pudo ser y no fue, sino también una vida realizada, tal como lo puede ser la de un adulto o de un anciano.

Una publicación destinada a los niños debe estar concebida a partir de ese presente propio y pleno de la niñez. Como ser humano podrá no haber alcanzado su pleno desarrollo, pero no es un semihombre ni menos un estúpido.

Las cosas le deben ser presentadas en su elemental simplicidad, lo cual dista un mundo de ser fácil simpleza. Esta simplicidad se conquista tras años de oficio, tras años de trabajo y elaboración. A esta simplicidad es a la que se le ha llamado desde siempre "ciencia" o "sabiduría". Ella es la que caracteriza al sabio, al hombre de quien se dice que "tiene ciencia".

Una publicación destinada a los niños debe ser hecha, entonces, por quienes han alcanzado esa simplicidad, esa sabiduría. En otras palabras, debe ser hecha por los que más saben.

No se trata, por lo tanto, de editar una enciclopedia que siga abonando el mismo terreno. Por muy promisorio

que sea el mercado, es imprescindible atender a una realidad muchísimo más honda y vigente.

No es posible que la elaboración científica, en cuanto a enseñanza, sólo produzca textos y manuales; que la ciencia aparezca sólo en su sistematización. Ella es también un modo de ver, de mirar, de concebir. Es un modo de mostrar lo dado, de abrirlo. Es un modo de preguntar, de escudriñar en el mundo de las cosas con las que vivimos. No puede sólo ensimismarse, girar sobre sí misma. Se trata de comprender, para habitarlo, un mundo.

La ciencia debe derramarse sobre lo que nos rodea. Por eso ella debe sumirse en el lenguaje cuotidiano, en ese lenguaje en el que residen la claridad y la comprensión radical del ser. Y esto no para bien del lenguaje ordinario, sino para bien de la propia ciencia. Es allí donde ella recobrará su esencia y dejará de ser una retórica ciega que ha perdido su camino en un follaje asfixiante de tecnicismos.

Una publicación destinada a los niños debe ser en su genuino y pleno sentido una publicación. Es decir, ella debe situar al niño, vitalmente, en el espacio ciudadano contemporáneo. Debe conducirlo a habitar la ciudad contemporánea para que ella sea su espacio natural y propio. Esto significa conferirle un destino al saber, que nada tiene que ver con darle una finalidad. Conferirle un destino

es entregarlo de tal modo que saber y construir el saber sean una forma de construir el propio mundo ciudadano.

Dicho de otro modo, publicar es entregar una herencia.

Pero esto significa un cambio total en los criterios para decidir una acción editorial. Ya no se trata de una respuesta frente al mercado y sus preferencias. Ahora la lucha es con un propósito, no con un mercado.

Es decisivo llegar al niño y que vea y escuche. La venta ya no es finalidad; la finalidad es que aprenda en la más completa libertad. Que por él la ciencia pise suelo americano. El buen comercio es un medio. Habrá que ser eficiente, ingenioso, pero para cumplir una tarea. Ahora hay una proposición, no una respuesta.

A partir de aquí se configura el segundo momento de que hablamos.

La propia discusión en el seno de la comisión encargada produce la invención: se haría una expedición a Chile.

La realizaría el propio grupo de científicos que se había reunido en el debate. Un grupo de hombres del más alto nivel nuestro y que, habiendo dedicado gran parte de su vida y trabajo al estudio de nuestro medio natural, han conquistado un renombre internacional.

No se trataría de preparar artículos, cada uno sobre su especialidad, que tuvieran como telón de fondo el medio natural de Chile. Muy por el contrario.

Se dispuso que esta expedición no sería una expedición imaginaria que sirviera de hilo conductor para enhebrar en ella los diversos temas. Sería una expedición real llevada a cabo por el equipo completo, con participación directa de personas encargadas por la propia editorial y que habían propuesto y participado en el debate. La obra se escribiría y se ilustraría a partir de lo efectivamente encontrado, recolectado y discutido por todos durante las salidas a terreno. Además estas salidas no serían una simulación de trabajos, sino que tendrían el carácter de investigaciones reales y concretas. La publicación sería una rendición de cuentas de lo hecho verdaderamente.

En otros términos, se emprendería una obra común, cogenerada por todos y en la cual científicos y editorial trabajarían conjuntamente y en equipo para escribirla, ilustrarla y decidir todos los detalles de su edición.

Las expediciones se realizaron y la primera publicación salió a la venta el 6 de mayo.

Ellas continúan realizándose.

Pero lo importante de esta experiencia no reside solamente en el hecho de haberse podido realizar y de abrir un camino concreto y efectivo a la acción editorial.

Lo más decisivo han sido los hechos imprevisibles a que dio lugar y que a la postre han sido los más fecundos y los que mejor configuraron las posibilidades de una tal acción.

Lanzada la empresa de realizar esta obra, entró a jugar en forma absoluta y decisiva el factor estrictamente personal. Careciendo de medios económicos y de equipamiento, careciendo de personal especializado en materia de fotografía, grabación, dibujo científico, etc., todo fue suplido y resuelto con un costo tan bajo que raya en lo increíble. El grupo de científicos aportó instrumentos, movilización, laboratorio de terreno, miles de fotografías, material recolectado en años de trabajo, material inédito y de un valor inapreciable, biblioteca y documentos.

La empresa tomó un cuerpo insospechable; se hicieron presentes ayudantes, dibujantes que se conocían y que se movilizaron de inmediato a colaborar; fotógrafos, gente joven dispuesta a cualquier tarea en cualquier lugar de Chile.

Se constituyó un verdadero taller de dibujo y pintura científico, que ha producido un material de tal calidad que un instituto extranjero de investigación se interesa por adquirir para sus fichas científicas.

Conocida la noticia de esta obra emprendida, se han acercado otros hombres de ciencia, profesionales que ofrecen un material inédito valiosísimo, fruto de trabajos realizados durante años.

La obra, sin que pudiéramos sospecharlo, adquirió una estatura y una envergadura que de ningún modo

pudieron preverse. Efectivamente, adquiría el rigor, la paridad y las formalidades de una publicación. Ella misma en su propia gestación es ya vida ciudadana, es la construcción de una invención que se sostiene, no en el éxito o en la consagración externa, sino en la alegría de construir, a pleno pulmón, el propio suelo.

Pero lo imprevisible llega más lejos.

Una publicación como la que hemos descrito requiere de una alta tecnología en materia de imprenta. La reproducción de fotografías, dibujos científicos, documentos, grabaados, pinturas a todo color, exige no sólo equipo y material de primera calidad, sino en su grado máximo, oficio gráfico.

En un primer momento se pensó, como es lo habitual en trabajos de esta naturaleza, que ello es un asunto de carácter netamente técnico-mecánico, y que disponiendo de un material original de calidad se podría siempre lograr una impresión mecánica de alta calidad y fidelidad.

No es así, sin embargo. La experiencia concreta tenida con esta y con otras obras anteriores nos mostró que la pura relación profesional-contractual no puede garantizar un nivel de calidad como el requerido.

El trabajo gráfico no consiste en un mero manejo o manipulación técnica de mecanismos automáticos. La calidad no reside en el equipo solamente. Es un oficio,

una maestría que reside primordialmente en las personas.

Y precisamente por ello es que una calidad real y una superación de ella sólo pueden producirse si los talleres, su gente, se incorporan como parte esencial de la obra.

Trabajos de la naturaleza del propuesto requieren de la posibilidad de experimentar procedimientos nuevos, de extremar las posibilidades de los elementos técnicos disponibles, de hacer un verdadero laboratorio gráfico, buscando, probando, investigando. Es a partir de esta búsqueda, de esta capitalización de experiencias, de las invenciones que allí se dan, que el conocimiento gráfico se reinstala cada vez sobre un nuevo patrimonio de recursos y puede dar el paso hacia otros nuevos. De aquí surgen las invenciones de nuevas máquinas, las patentes de procedimientos, etc.

Esto fue hablado con los talleres.

El resultado cae dentro de lo imprevisible. Pocas veces se había logrado, con los medios disponibles, una calidad más elevada. La salida al público fue efectivamente una fiesta. Se logró lo que los mismo que lo hicieron tuvieron como imposible.

¿Qué fue lo que logró este resultado imprevisible?

Este es el punto decisivo para fundar realmente una acción editorial.

No fue la eficacia del equipo de científicos.

No fue la eficacia del equipo editorial.

No fue la calidad tecnológica de los talleres.

Tampoco fue la eficacia de una coordinación de estos tres aspectos.

Lo que hizo posible el resultado final fue que las personas que constituyeron el equipo de científicos, las personas que constituyeron el equipo editorial, las personas que manejaron el taller, emprendieron una obra común. El acto interior de asumir con otros una obra común, el acto interior de fiar unos en los otros y sostenerse en su palabra, eso es lo que confirió coherencia interna al trabajo y produjo un fruto que va mucho más allá de la mera suma de esfuerzos.

Insistimos en que la cosa queda referida a las personas y no a las funciones, por cuanto la unidad funcional, lo sabemos por una experiencia nacional dramática, puede quedar absolutamente desvirtuada por una actitud burocrática. La esencia de esta actitud reside en cumplir con el texto y no con el espíritu de una orden. La esencia, en cambio, de la obra común es suplir la orden que falta con la comprensión de la unidad de lo que se hace.

La diferencia entre el que trabaja para levantar una catedral con el que trabaja para una empresa que construye la catedral es esencial. Ella reside en una actitud

interior frente a la obra. El primero ha emprendido una obra con otros, el segundo cumple una faena. Sólo en la obra hay donación; ése es el origen de lo imprevisible.

La obra se sostiene por sí y ante sí misma. La faena debe ser sostenida desde fuera.

Una consecuencia fundamental debemos desprender de lo descrito, y en ella se funda la acción editorial que se ha emprendido.

La tarea propuesta no es una mera composición literaria. Ella ha operado efectivamente en el espíritu de un grupo de hombres que la han asumido y ha inspirado una obra concreta.

Pero lo que nos parece más digno de señalar es que la obra así planteada genera una unidad editor-colaborador-(autor)-taller capaz de sostenerse por sí misma. Esto significa que el propio rigor interno de la tarea emprendida, la indispensable y necesaria participación de todos para darle forma, la crítica drástica que se da frente a lo hecho, crea, por así decir, un microclima interno que no necesita de la competencia externa para superarse. Esta molécula orgánica es capaz de sustentarse por sí misma y generar su propio desarrollo. Ella puede sostenerse como fuente de publicación sin derivar ni en el mero comercio, ni en la mera excolaridad. Puede sostenerse empinada sobre sí misma.

Es por esto inseparable la unidad descubierta editor-colaborador-taller.

La obra que se emprende nace de la confluencia, en una misma unidad, de los tres factores que la determinan y constituyen materialmente. La superación de lo dado se produce a partir de lo que en unidad se quiere hacer y no de lo que meramente se puede. Al romperse tal unidad todo se detiene en el más cómodo y descansado "no se puede". Deja de haber coherencia de propósitos, desaparece la posibilidad de sostener la mutua donación y con ello la posibilidad de lo nuevo.

Tratándose de una tarea humana, nada hay más ineficaz que la pura eficacia.

Perdida la mutua sustentación, todo cae otra vez en la única sustentación ya conocida del mero comercio.

La invención de esta unidad abre ahora una posibilidad de acción editorial de enorme amplitud.

La tarea editorial de despertar a Chile para que descubra su propia identidad como pueblo y nación; para que asuma su origen americano y sepa cómo constituir su presente; para que a partir de este presente construya un futuro auténticamente histórico, es una tarea que para la actividad editorial se traduce en recoger lo dado, que se ha mostrado estéril para volverlo herencia genuina.

Esto significa recrear lo que ya sin sentido se apila

en bibliotecas, archivos y museos para entregarlo con nueva luz, derramarlo cargado de sentido en un medio ávido de destino, ávido de genuina verdad y belleza.

Concretamente ello lleva a crear múltiples unidades editor-colabrador-taller, múltiples pequeñas empresas editoriales montadas alrededor de obras concretas, que se unifican por su sentido interior adscrito a una tarea.

Cada una de estas iniciativas, como lo decíamos, es una pequeña empresa montada sobre la misma esctructura de unidad editor-colaborador-taller. Estas pequeñas empresas, unificadas por la tarea editorial planteada, constituyen la empresa editorial capaz de desplegar una acción editorial compleja, sustentada en nuestro propio medio y abierta a la invención y a la autoafirmación creadora.

Hemos intentado calar lo más profundamente posible la naturaleza originaria de la actividad editorial, su esencia más fundamental, para recoger desde su interior la realidad de su existencia en nuestro medio nacional y el sentido que podría tener el sostenerla o fomentarla.

Por lo que conocemos, no se había intentado antes desentrañar las hondas raíces del fenómeno de postración de nuestra actividad editorial y las causas por las cuales ella tiende a volverse una mera editora de lo ya dado. Tal actividad en nuestro medio no tiene como razón de ser la publicación, sino la mera edición en la que a la larga tiene como sentido un comercio.

Una Editorial del Estado destinada a echar más agua en el mismo molino sería un absurdo. Si se acepta que fatalmente la actividad editorial en nuestro país no tiene otra posibilidad que la conocida, carece de todo sentido gastar recursos en mantener una entidad destinada a competir y sofocar iniciativas privadas.

Fue por esto que, al comenzar este estudio, dijimos que poníamos en tela de juicio la propia existencia de esta editorial.

Pero hicimos ver que hay publicación sólo allí donde hay un presente que, asumido, fuerza a proyectar un mundo, a construirlo siempre de nuevo.

Mostramos que mientras nosotros concibamos el momento actual como el mero tránsito desde una seudabarbarie hacia una plena civilización, no tendremos un presente; viviremos la fatiga y el sacrificio de una carrera que va desde un mundo construido a otro mundo construido. Nada de ello depende de nosotros, sobrevivimos ocultos en tales mundos.

En lo más hondo de nuestro ser cesa la experiencia vital de un tiempo histórico y todo cae en lo indiferente. Las palabras, las medidas de orden y gobierno se estrellan en esta indiferencia. El espíritu, como facultad y campo para proyectar mundos, retrocede y quedamos sumidos en una pura lucha por la subsistencia económica, a merced de lo dado. Las profundas fuerzas espirituales latentes en nuestro pueblo quedan inactivas, y el único tesoro y capital que construye una patria languidece en una espera que se funda en una esperanza mesiánica en el poder.

Planteamos que nuestro presente se constituye desde el momento que asumimos la realidad histórica profunda de nuestro origen: la aparición de América se produce en el encuentro de dos mundos; el Viejo Mundo europeo y el Nuevo Mundo americano; el Viejo Mundo americano y el Nuevo Mundo europeo.

Asumir este encuentro es, a sabiendas, emprender la construcción de un mundo inédito, propiamente

americano. No más transición ni desarrollo o subdesarrollo. Consentir en ser americanos y no semieuropeos o indígenas a medias.

Reconocer este origen es darse un destino, es saber que hoy y aquí estamos forzados a construir un mundo nuevo.

Y esto hay que decirlo y manifestarlo.

Pero hay que decirlo con la más extrema levedad para que no se torne lección escolar, mera enunciación literaria. Hay que manifestarlo en obras que muestren su propio artificio y su invención.

Esta es la tarea editorial. Cantar el propio destino y despertar a la posibilidad del riesgo y la aventura de un mundo que se sostiene en nosotros mismos. Esta, pensamos, no es tarea sólo de una editorial del Estado. Es una tarea que planteamos para todas las editoriales nacionales.

En el interior de esta tarea fue que planteamos una acción editorial concreta para la Editorial del Estado, que en su invención ofrece el constituirse en publicación y abrirles un lugar a este canto, a este despertar. Otras editoriales podrán proponer otros caminos.

Por múltiples vías Chile puede empezar a ser mostrado en su genuina identidad, en su apasionante origen americano, a despertar esa tensión primordial de vivir pendiente de sí. Un pensamiento, un acontecimiento

histórico, un hecho, son o no pertinentes u oportunos para iluminar la construcción del propio mundo. Empieza a abrirse la posibilidad de la vivencia de un tiempo histórico que nos pone, sin brechas tecnológicas ni fugas de cerebros, a la cabeza de nuestra propia empresa de construir ese mundo que tendría patria en nuestro propio suelo.

Esta acción editorial, concebida y puesta en obra en la circunstancia concreta de este momento, de este cuerpo de personas, puede resultar profundamente fecunda.

Pensamos que la apertura de una posibilidad insospechada de conferirle un sentido a la actividad editorial, que la necesaria competencia y emulación por parte de otras editoriales, podrían señalarle a nuestra actividad editorial nacional la posibilidad de campos de acción mucho más fecundos y positivos. Podrían llevar a sostener una genuina fuente de publicación atenida a la constitución de nuestro presente.

Pensamos que esa posibilidad le da su sentido al esfuerzo de sostener a la Editorial del Estado.

Ella no nace para la competencia en el terreno de lo dado y conocido. Ella abre un campo nuevo que puede iluminar y enriquecer el trabajo de todas las editoriales. Puede generar una referencia de otra naturaleza para competir y con ello vida editorial, plena de sentido.

En ese solo sentido ella se vuelve profunda y

propiamente institucional. Se hace institución que genera formas de hacer y constituir el mundo común de cosas. Hace ciudad humana.

Hubo un momento de profunda chilenidad en nuestra historia. En él se constituyeron nuestras instituciones. Ellas se dieron porque hubo la profunda visión y coraje de darle lugar a lo nuevo, de sostenerlas en el balbuceo de sus primeros pasos.

Puestos en nuestro dramático momento actual, pensamos que abortar una posibilidad nacida y construida desde la nada, a puro corazón y espíritu, sería cortar para venderlo el hermoso jardín de aquella admirable mujer por cuyos labios el espíritu de nuestro pueblo preguntó: "¿Qué sería de esta casa sin las flores?"

Mayo de 1975

FUNDAMENTO DE UNA ACCIÓN EDITORIAL
SEGUNDA EDICIÓN septiembre 2025

Recopilado durante la investigación
de Magíster de René Bon Martínez
EL OCASO DEL SOL DEL SABER:
MEMORIA MATERIAL DE LA EDITORA
NACIONAL GABRIELA MISTRAL
(1973—1976)

Originalmente publicado por la
EDITORA NACIONAL GABRIELA MISTRAL
en 1975

©© de esta edición, 2025
Editora 5079

Fundamento de una acción editorial ©© 2025
Editora 5079

Licencia CC BY-NC 4.0.
Para ver una copia de esta licencia visita
http://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/

E D I T O R A 5 0 7 9